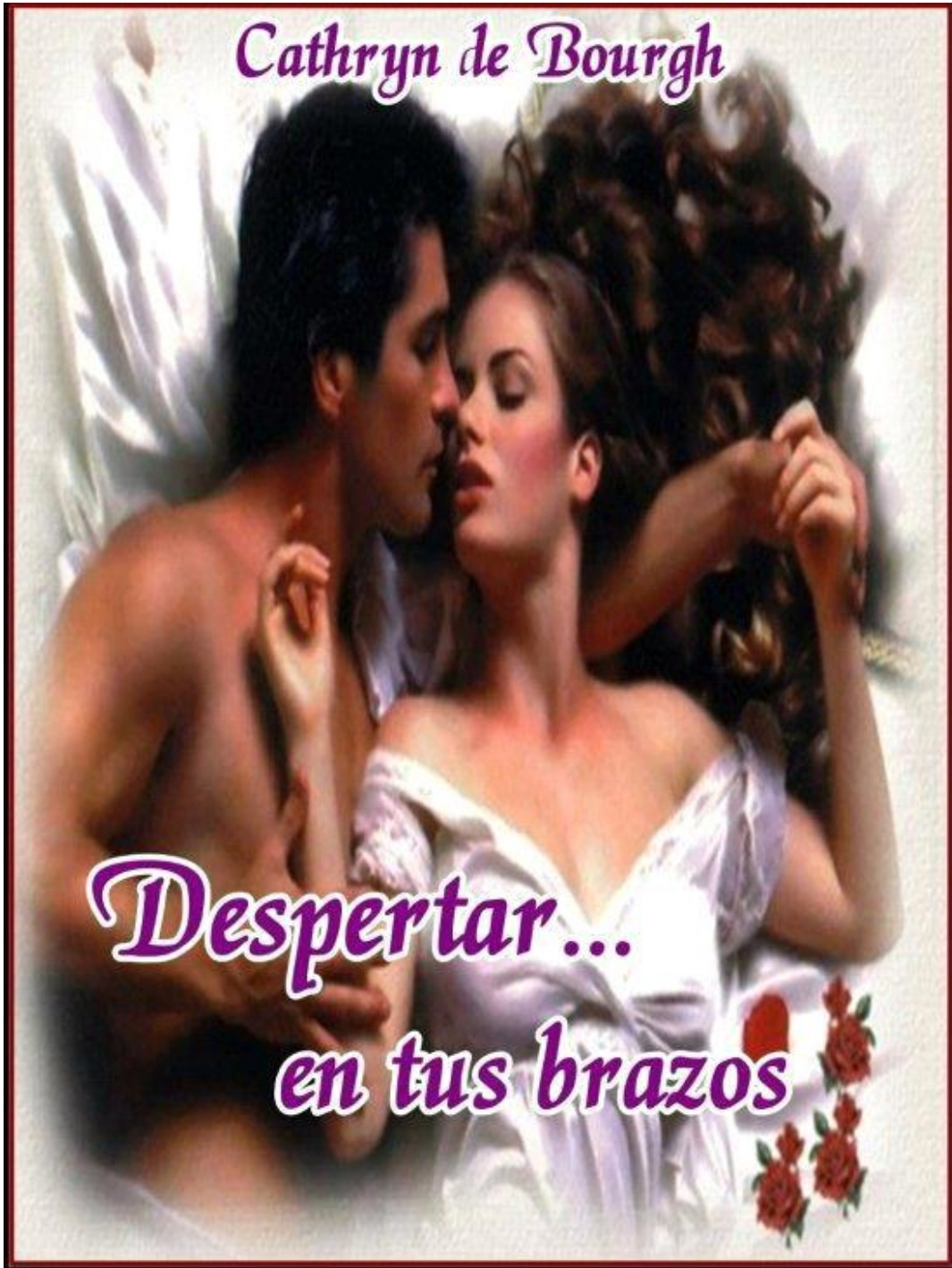


Cathryn de Bourgh

*Despertar...
en tus brazos*



DESPERTAR EN TUS BRAZOS

CATHRYN DE BOURGH

Ciudad de Milán-Italia-actualidad

Hacía días que tenía la inquietante sensación de ser espiada, que un misterioso ser seguía sus pasos como si planeara hacerle daño. Al principio pensó que era ese chico tonto que la perseguía para salir con ella: Enrico Balli, luego pensó que era una tontería porque ese joven siempre salía con quien se le antojaba y no sería tan tonto de seguirla ni...

Rosina no tenía novio ni quería tenerlo todavía, los chicos que conocía eran tontos y además querían hacerlo enseguida, solo pensaban en el sexo y ella tenía sus dudas. No estaba preparada y era además, como muchas chicas de su edad: una romántica.

Con el cabello rubio y unos mechones color lila, sus ojos celestes eran grandes y brillantes, los ojos de una niña alegre y confiada, solía usar una falda larga de jeans y una blusa y un saco porque siempre tenía frío. Era levemente rolliza pero siendo una adolescente que sobredimensionaba todo se veía mucho más gorda de lo que era. No se veía ni se creía bonita, al contrario, cada vez que se arreglaba para ir a la escuela secundaria se veía fea, deslucida y en ocasiones ir allí era un perfecto tormento.

Suspiró, no tenía mucho para hacer, no era bonita como sus amigas ni tampoco sexy ni atractiva, solo despertaba burlas y bromas.

Apuró el paso y entró al colegio con expresión resignada y la mirada baja, siempre miraba el piso y por esa razón a veces encontraba monedas o cosas.

—Hola gordita, ¿cómo estás? —dijo un chico.

Ella lo miró asustada, sabía quién era, Paolo ese imbécil hijo de un millonario, mierda, no podía recordar su nombre pero sí la expresión burlona de sus ojos.

Al sentirse ignorado el estúpido la siguió.

—¿No contestas gordita? ¿Qué tienes? Siempre pareces asustada y deprimida. Tal vez necesitas algo allí para animarte.

Era la primera vez que ese joven le hacía una insinuación como esa y corrió nerviosa perdiendo algunos libros en la huida, despertando más risas, más burlas.

Ese desgraciado y sus amigos parecían disfrutar mortificándola. Debía tener el rótulo de boba en la cara, no había otra explicación, no era bonita, era tonta y además nunca había tenido novio y eso era un motivo más de burla.

Porque mientras sus amigas sabían todo sobre el sexo ella lo ignoraba todo. No deseaba que fuera así, habría deseado tener un novio que la abrazara, que pensara que era bonita, que la amara y pudieran compartir momentos...

Pero el amor romántico en su vida estaba reducido a su obsesión por ese actor de ojos oscuros, galante, a las novelas que leía de vez en cuando y siempre la hacían llorar.

¡Vaya! ¡No era más que una boba sentimental soñando cosas que nunca pasarían!

Rosina entró en la clase y saludó con gesto tímido a sus amigas, ellas le dedicaron una mirada cómplice y burlona.

El profesor en cambio parecía de mal talante.

—Llega usted tarde otra vez señorita, temo que tendrá la falta y recuerde que no puede seguir con tantas inasistencias—sentenció el profesor de Historia, un tipo joven pero de mal carácter, cabello canoso y ojos rasgados como si tuviera algún pariente chino.

Era implacable y todos le temían.

La jovencita murmuró una disculpa y se hundió en su asiento avergonzada, al sentir todas las miradas sobre ella. Odiaba a ese hombre, odiaba a esa escuela y habría deseado prenderla fuego y escapar, huir... De haber sabido a dónde lo habría hecho.

El profesor volvió a ignorarla y continuó con la clase, era un tipo malhumorado y exigente y nunca estaba conforme con nada.

Rosina fingió que lo escuchaba, pero sus pensamientos estaban muy lejos, siempre estaban lejos, no lograba concentrarse en nada y la única manera que tenía de soportar la escuela era alejándose, pensando en otra cosa.

El último verano había crecido de golpe, y como decía ese tonto grafiti lo que no te mata te hace más fuerte. Nunca había creído que iría a pasar un verano a las hermosas playas españolas de Ibiza y terminaría enamorándose perdidamente de un chico italiano del sur. Todo había sido idílico, porque él también la había mirado con insistencia.

Rosina suspiró y sintió un dolor extraño al recordar la sorpresa del chico cuando comenzó a besarla y notó que no era como las otras chicas.

“No te angusties Rosina, quería sexo y como vio que no podía o no se atrevió, te plantó” le había dicho su amiga Chiara tenía razón.

—Además Rosina, tú no eres como nosotras, eres muy inmadura, mejor será que esperes una relación formal para hacerlo. Todos los chicos quieren sexo pero ninguno quiere esperar, pero todavía hay chicos decentes que piensan de otra forma.

Rosina suspiró y derramó unas lágrimas, el rechazo de Tulio la había afectado, ella se había enamorado de él en pocas semanas, era tan guapo tan encantador, y le decía cosas tan bonitas. No le importaba que tuviera baja estatura ni que fuera un pelín regordeta, decía gustarle mucho las chicas como ellas. ¡Mentiras!

Todo su entusiasmo pasó una noche cuando la metió en su auto, comenzó a besarla y quiso...

Se estremeció al recordar ese momento, nunca antes había estado tan cerca de hacerlo ni tan asustada por ese motivo. Sin saber cómo había terminado en su auto, medio desnuda y lista para que le hiciera el amor.

Él debió darse cuenta de que algo andaba mal porque se asustó, fue como si ella fuera Linda Blair en el exorcista; de repente se había convertido en una criatura fea y repulsiva que le causaba terror. Había palidecido y luego había murmurado “mierda, tú eres virgen rubia”.

Y toda la excitación del momento se convirtió en pánico.

No podía tocarla, no podía hacerlo y notó que la protuberancia exultante de su bragueta desaparecía como por encanto y que esto también lo enfurecía.

—Maldita sea, debiste avisarme que eras virgen, de haberlo hecho... Oye novata, ten cuidado, no puedes ir por la vida calentando braguetas y luego... ¿Es un juego para ti o qué mierda?

La agresividad de sus palabras y su mirada de rabia y desdén la hicieron llorar mientras se cubría y sentía una vergüenza espantosa por su cuerpo y por el dolor que ese joven le causaba. Casi se había enamorado de él y habría dado cualquier cosa porque fuera el primero y luego verse, él quería volver a verla luego del verano, se lo había dicho...

Mentiras, los hombres decían muchas tonterías para tener sexo, fingían interés y luego que tenían lo que deseaban podían quedarse o marcharse para siempre sin dejar rastro y Tulio había sido otro más de la lista de chicos que se acercaron solo por sexo y luego la

habían lastimado.

Su terapeuta, luego de escuchar la historia se había sentido alarmada. Porque al parecer no era normal enamorarse así y sufrir por meses, llorar como lo hacía todos los días.

Pero Rosina no solo sufría de soledad, sufría porque las dietas no le funcionaban y porque sentía que nadie la quería. Sus amigas tenían novio y disfrutaban todo lo que ella solo podía saber de oídas. No eran perfectas, algunas eran muy delgadas y sexys, otras con mucho más carnes que ella, sin embargo la jovencita no tenía suerte con los chicos y pensaba que era por su cuerpo. Decían que era bonita y los chicos la buscaban, pero en el colegio se burlaban y la molestaban. Rosina había aprendido a ignorarlos, pero en ocasiones no quería ir a la secundaria por esa razón.

Estaba angustiada: se sentía sola y lo más triste era sentir que no tenía un lugar para ella, que estorbaba y nadie la amaba. A los dieciocho años hasta los hechos más triviales se volvían inmensos y todavía lloraba al pensar en Tulio.

“Debes superarlo y entender que no era para ti y que necesitas madurar, sufres de cierta inmadurez afectiva y también una dependencia afectiva que te hace sufrir y no logra que...” Decía la sabelotodo de su terapeuta.

Para ella todo era tan sencillo, pero nadie estaba en su cabeza ni en su corazón para saber ni para entenderla.

Ese día debía ir a la biblioteca en busca de un libro para hacer un trabajo, sus notas habían bajado mucho ese semestre y era el último, estaba sumida en una depresión y nadie lo notaba.

Su madre era casada por tercera vez y siempre estaba organizando algún viaje con sus amigas. Su padre había muerto hacía años y ella lo echaba de menos, tenía a su hermano César pero este se había casado y ya no lo veía como antes. Él si la había cuidado y sabía que la amaba, pero el resto del mundo no y pasaba el día sola yendo de un sitio a otro.

Pidió las copias en la Biblioteca, tomó algunos apuntes, llamó a su amiga para preguntarle cuál era el trabajo pues no podía encontrar la libreta donde había anotado todo.

Su vida era un caos y lo sabía, perdía todo y no tenía ganas de nada.

Luego de tener todo lo que necesitaba y mientras salía de la biblioteca sintió deseos de llorar pero no pudo hacerlo, había mucha gente a su alrededor y odiaba que la vieran así, por eso apuró el paso y su cabello se voló, una masa dorada levemente ondeada en un hermoso rostro de virgen adolescente. Eso pensó quién la observaba a través de la ventanilla de un auto negro. Pero no había nada romántico ni soñador en esa apreciación, no buscaba una cita ni un flechazo: tenía una misión que cumplir, un encargo muy especial y lo cumpliría.

Rosina volvió a sentir esa inquietante sensación de ser espiada, y tembló. ¿Por qué sentía que unos ojos la observaban y seguían por todos lados cada vez que salía a la calle?

Era una tontería y si le contaba a su terapeuta le diría que seguramente era provocado por su depresión. La depresión provocaba pesadillas, trastornos de conducta,

dificultad para dormir y a veces quizás también: manía persecutoria. No debía preocuparse ni creer que realmente alguien la seguía.

Sin embargo vio un vehículo inmenso negro aguardando al final de la calle y alguien de su interior la miraba, podía sentirlo. Vaya, no eran ideas suyas esta vez, había visto esa camioneta inmensa en otras ocasiones y la visión de ese auto aguardando y silencioso le provocó escalofríos y se detuvo. Tuvo un mal presentimiento, ese vehículo con vidrios negros le provocaba pavor.

Detuvo sus pasos temblando y decidió cruzar por la otra calle y correr, se sintió tonta al hacerlo pero ver a esa camioneta parada allí fue demasiado para ella, tal vez había tenido un día malo. Debía tranquilizarse, debía pensar en positivo, eso le decía su terapeuta, si fuera más positiva las cosas saldrían mejor porque si uno le daba pensamientos positivos al cerebro...

¡Mierda! La camioneta negra estaba acelerando en su dirección y su corazón palpitó, estaba siguiéndola, era verdad, todo ese tiempo había sentido que alguien la espiaba, luego se había dicho que era una tontería, nadie tendría interés en hacer eso habiendo chicas tan lindas en la ciudad y sin embargo... ¡Maldita sea! La camioneta se dirigía a ella y no le interesaba disimular...

Aterrada, sintió como toda la depresión de esos días se iba al infierno y el instinto de supervivencia la invadía y corrió hasta la otra calle, corrió hasta perder el aliento porque en realidad no estaba acostumbrada al ejercicio físico. “Respira tonta, respira, como te enseñó el profesor de educación física una vez... “se dijo, pero sintió las piernas pesadas que no le obedecían, sus músculos ateridos no podían más y desesperada sabiendo que no podría ir muy lejos tomó su celular, sintiendo el ruido de ese horrible auto persiguiéndola... Nerviosa marcó el número de su hermano y aguardó momentos eternos. No la atendió y cortó, debía llamar a su amiga Lucía, esa camioneta...

Era tarde, dos hombres salieron del inmenso vehículo y le dijeron que subiera, que irían a dar un paseo. Vestían de negro y usaban lentes oscuros, a simple vista parecían atractivos ejecutivos de la city pero había algo siniestro en su voz, en sus modales. No esperaban que gritara, quiso hacerlo, pedir ayuda pero no pudo hacer nada de eso porque fue arrastrada a su interior, atada y amordazada en un santiamén por los raptores mientras un hombre la miraba sentado muy quieto desde el otro asiento. La mirada maligna y oscura la asustaba, no podía entender qué querían de ella, no era atractiva ni sus padres eran ricos... Debía haber un error. Estaba tan aterrada que poco después lloró y se quedó sentada y maniatada.

El hombre de traje oscuro y guapo semblante observó las curvas de la jovencita con una sonrisa, era preciosa y no se parecía en nada a su hermano César, sería un buen presente para el amo demonio: una jovencita inocente pero voluptuosa y demasiado asustada para hacer algo más que complacerle.

—Deja de llorar preciosa, arruinas esos bonitos ojos—dijo con voz fría de pronto. Rosina miró a su captor y él quitó la mordaza para ver esos labios pequeños y carnosos. ¡Qué bonita era! Le recordaba a esas pinturas victorianas cuando las mujeres tenían ese candor y frescura, esa inocencia tan linda de verse que se había perdido en esos tiempos.

Las chicas de esa edad dormían con todos los chicos y hasta se filmaban para subir sus videos privados en la web. Unas verdaderas zorras atrevidas. Pero esa jovencita no lo hacía, él la había espiado en su cuenta de face y hasta había chateado con ella algunas veces. Se habían hecho casi amigos.

—Si gritas volveré a colocarte la mordaza pequeña, si gritas o haces alguna tontería lo lamentarás—le advirtió luego.

Rosina estaba demasiado asustada para hablar y sus lágrimas inundaron sus mejillas llenas y rosadas.

—Tranquila, iremos a dar un paseo juntos, pequeña. Será una experiencia nueva para ti, te gustará...—dijo su raptor y de pronto se acercó y secó sus lágrimas.

Se sintió tentado a besarla, a tocarla sin saber por qué la inocencia de esa chica lo excitaba... Una auténtica sumisa, sin experiencia, y dispuesta a hacer todo lo que él le ordenara...

—Por favor... Esto debe ser un error, mis padres no tienen dinero—dijo entonces.

Él sintió que se excitaba mucho más mientras acariciaba su cuello y se detenía en las curvas de sus pechos redondos. Vaya, adoraba a las chicas rubias y regordetas, eran un festín de placer inagotable y es preguntó sí...

—No, no suélteme—protestó furiosa.

Estaba asustada y al sentir que la tocaba de forma íntima comenzó a temblar. Era un perverso de jovencitas que disfrutaba sometiéndola a sus deseos. ¡No podía ser! ¿Por qué demonios la había escogido a ella? No era atractiva ni era delgada, y además era virgen.

—Tranquila, no lo haré todavía, vamos, deja de llorar, será una experiencia nueva para ti. ¿Experiencia nueva? ¿Por quién la tomaba?

Gimió al sentir que rozaba sus labios y sus mejillas. Pero no gemía porque le gustara, nada de eso le gustaba, que la metieran en un auto y la dejaran amarrada, atada de pies y mano y que un tipo que más parecía un yuppy quisiera hacerle el amor no era una experiencia excitante, para alguna de sus amigas, las más alocadas por supuesto tal vez, pero...

Si le hacía algo moriría, no lo soportaría.

—No por favor, no me haga daño.

Impaciente, el desconocido la atrapó y la sentó en sus piernas sin que pudiera escapar.

—Tranquila pequeña zorrilla, esto te gustará, a todas tus amigas les gusta el sexo y lo hacen como perras, con uno y con otro.

Ella palideció. ¡Tenía razón, sus amigas eran algo alocadas, pero ella no! No era una ramera ni podría...

—Yo no soy una zorra, por favor, usted me ha confundido con alguien...

La había confundido con alguna amiga suya rubia, rolliza, y también alocada. En verdad que detestaba el término zorra, a los chicos nadie los llamaba en términos despectivo por dormir con todas, en cambio a las mujeres que disfrutaban del sexo se les decía perras, ramera, entre otras cosas.

—No lo eres todavía, ¿verdad? Tal vez eres tímida. Yo puedo ayudarte con eso—le susurró al oído provocándole un súbito estremecimiento.

Su raptor siguió acariciándola pensando que antes de entregar esa ofrenda a su amigo el amo demonio la probaría primero, le gustaban esas caderas redondas, era toda una mujer y sentía debilidad por las rubias con caritas de ángel. Aunque no lo fueran por supuesto... Era preciosa.

Sus compañeros rieron y pidieron participar pero una mirada suya los hizo retroceder. No la compartiría, no todavía... era su venganza, suya por completo.

Rosina estaba atada de pies y manos y lamentaba haber llevado una falda corta

porque así sería más sencillo para él hacerlo, porque lo haría, estaba muy excitado como lo había estado Tulio esa noche y no tenía códigos, era un raptor, un degenerado que raptaba y abusaba de mujeres en su auto. Como si no pudiera conquistar a una y tuviera que actuar como delincuente.

Tal vez actuar así fuera más excitante para él, pero para ella no tenía ni pizca de gracia y comenzó a llorar, no pudo contenerse. Y llegó a suplicarle nerviosa que la dejara en paz al ver que comenzaba a desnudarla con prisa dejándola en ropa interior, exhibiendo ante esos rufianes su cuerpo rollizo que tanto la avergonzaba. Eso fue lo más humillante para Rosina, en medio de la tensión y el terror; la vergüenza, que todos vieran su horrible cuerpo.

—No por favor...—sollozó resistiéndose.

Él sonrió sin detenerse, era un hombre fuerte, alto y muy viril. Pensó que quería hacerlo allí, el roce y las caricias a la joven lo habían excitado tanto que sintió la humedad de su miembro inflamado, ese miembro que exigía una satisfacción rápida y ardiente. Pero su cautiva estaba histérica, asustada y sufrió un desmayo cuando quiso atrapar su precioso sexo pequeño y estrecho.

Vaya, nunca un momento erótico como ese había terminado tan mal. Sus amigos bedesmeros rieron divertidos y él echó una buena maldición a ellos y a todos sus parientes mientras intentaba despertar a la chiquilla.

Entonces era cierto, la chica era virgen, maldita sea, por eso se burlaban de ella y le escribían tonterías en el face, para molestarla. Nunca salía con chicos ni iba con sus amigas a las discotecas, permanecía encerrada en su casa y solo salía para ir a la secundaria o reunirse con sus amigas a estudiar.

Virgen y sumisa. Era el sueño de cualquier amo; el suyo también. Pero tomarla para sí no estaba en sus planes, solo vengarse, y la venganza ahora sería perfecta.

Rosina estaba aterrada, tan aterrada que ya no podía llorar ni decir nada. La habían bañado y vestido de caperucita roja, porque dijeron que era el personaje más apropiado, no sabía para qué... Y no tenía una falda larga sino una corta, con unas medias caladas y tacos altos. El disfraz le quedaba ridículo y ella se sentía así, además de asustada porque no podía entender qué planeaban hacerle.

Una joven vestida como gatúbela la había bañado y vestido y preparado para ser llevada a otro lugar. No sabía para qué, la mantenían maniatada, nadie respondía sus preguntas y pensó que todo era como una horrible pesadilla de la que no podía despertar.

Había buscado desesperada su celular, pero su bolso había desaparecido, sus libros de la escuela, todas sus pertenencias, y cuando le preguntó a su raptor él no le contestó. Parecía odiarla, o considerarla muy fea. Había visto que tenía una chica atada como un perro con la que hacía cosas que ni siquiera se atrevía a mirar. Látigos, fustas y disfraces extravagantes.

Había otras mujeres en el lujoso apartamento donde la tenían cautiva: rameras, y

tal vez querían que ella entrara en ese oficio. Tratas de blanca. Eso no podía estar ocurriendo en esa ciudad, ella no era bonita ni podía ser atractiva al punto de que quisieran esclavizarla. Pero era joven y también era virgen, algún depravado debía demandar una chica fea y virgen para divertirse un rato.

Rosina lloró y se cubrió con la ridícula capa roja, era como el personaje del cuento infantil y se sentía tan triste y desdichada. Nadie le prestaba atención, y la gran parte del tiempo que estuvo cautiva en ese lugar permaneció atada, aislada, llorando y suplicando pero todos la ignoraban.

Una de las chicas que parecía una ramera y usaba una peluca oscura se le acercó y le ordenó que comiera algo, no era la primera vez que rechazaba la comida, no tenía hambre ni quería comer nada que le ofrecieran ni tampoco beber por temor a que tuviera alguna droga.

—Si quieres salir ganando con esto chicuela, deja de temblar, y de llorar como una niña. Y haz todo lo que tu amo te diga.

Ella la miró con curiosidad, ¿de qué hablaba esa mujer?

Se llamaba Gatita Nin y usaba unos disfraces de gatita y hasta se movía en cuatro patas para seducir a su raptor. No imaginaba que hubiera gente que actuara así y que eso formara parte de un ritual erótico ahora tenía la certeza de que esa locura era verdad, pues a su raptor le gustaba mucho darle con la fusta, darle nalgadas y ella reía y le gustaba. En ese lugar debían estar todos locos.

De pronto comió un trozo de pastel de chocolate porque al menos se había acercado a hablarle y parecía tenerle lástima.

—Nunca he estado con un hombre, no sé nada de sexo ni podré... hacer las cosas horribles que tú debes hacer con él—dijo de pronto.

La joven la miró con pena.

—No deberás hacer nada, eres sumisa él lo hará todo al principio pero luego...

—¿De quién hablas? ¿Por qué lo llamas amo? Solo los perros y esclavos tienen un amo—expresó molesta.

—Tú no sabes nada de nosotros ¿verdad? ¿Crees que nos vestimos así porque nos gusta el circo? Esto que hacemos pequeña tonta vainilla se llama bdsm, bondage sado masoquismo. Y tú ni siquiera eres vainilla porque nunca lo has hecho. Solo quería advertirte porque pronto te llevarán lejos de aquí, serás el premio y tendrás un nuevo amo. Debes mostrarte dócil y sumisa, de eso se trata y no lo rechaces, es un hombre muy cruel si se siente rechazado o...

—¿Un amo? Tú lo llamas amo a ese sujeto.

Gatita Nin asintió.

—¿Dices que me llevarán a un lugar para que un loco me ate y me dé nalgadas y azotes? ¿Por qué? ¿Es por dinero, trafican con jovencitas? ¿Por qué han hecho esto conmigo?

La mujer no respondió, había hablado demasiado sin embargo le daba lástima la chicuela, le parecía una crueldad entregar a una joven virgen al amo demonio. Era uno de los amos más despiadados, muy celoso de sus sumisas, porque tenía varias y en una ocasión había matado a un amigo suyo que se había follado a una de ellas sin su autorización. Y le gustaban jovencitas, tiernas, colegialas... pero colegialas que sabían cómo complacerle, pequeñas zorras de uniforme. No como esa pobre muchachita. Pero su amo Lucio así lo había dispuesto, era su venganza y había esperado mucho tiempo para

llevarla a cabo. No escaparía. Convertiría a la joven en sumisa del amo diablo y luego enviaría el video a su antiguo enemigo. Ese era el plan y nada podía fallar. Una tierna joven inocente sería sacrificada para cobrar una vieja deuda. Eran las órdenes del amo y nadie se atrevería a desobedecerle.

El amo demonio sabía que esa noche recibiría un presente del amo Lucio y lo esperaba con ansiedad. Alguien le había dicho que era una preciosa colegiala rubia, preciosa y con aire virginal. ¡Vaya! Una auténtica virgen traída del sur, porque allí todavía había vírgenes adolescentes, ¡qué afortunado!

No le obsequiaba una sumisa, le obsequiaba una chicuela para que él la convirtiera en su sumisa y luego en su esclava.

“No podía lastimarla ni forzarla, ni someterla a castigos rudos, tenía un carácter muy especial, era caprichosa e introvertida, no tenía muchos amigos ni salía con muchachos”.

Leyó la carta con una sonrisa. Se sentía más que satisfecho con el presente.

Esa noche en su mazmorra algunas sumisas nuevas quisieron llamar su atención, pero él jamás se interesaba en las rameras, no le gustaban, las prefería jóvenes e inocentes. Y le gustaba elegir a la más bella del grupo. Algunas de esas sumisas eran histéricas, y no eran auténticas sumisas solo querían recibir algunos latigazos o que las atara a la cama. Una auténtica sumisa conocía bien su oficio de sometida, lo conocía perfectamente.

Para el amo demonio no eran más que juegos eróticos, no había relación amorosa, solo simple placer, dominación, sumisión, posesión, eran suyas hasta que se aburría y las reemplazaba. No todas estaban aptas para estar con él y esa noche se sentía algo hastiado, necesitaba chicas nuevas y ese regalo no pudo llegar en mejor momento. Su viejo amigo conocía bien sus gustos y al enterarse de que la chica había llegado decidió recibirla en su sala privada, lejos de sus amigos bedesemeros.

En ocasiones le gustaba disfrutar de un platillo especial en soledad, se sentía excitado sin saber bien por qué pero la carta lo había intrigado. ¿Una auténtica virgen? ¿Sería realmente virgen o fingiría serlo? Le gustaba mucho más que fingieran y que luego se soltaran como verdaderas rameras... Le seducía mucho el aire virginal e inocente en una mujer aunque solo fuera eso: una fachada.

Rosina entró en la habitación temblando, la oscuridad la envolvió y no podía quitarse de la cabeza las palabras que dijo una de las sumisas de su raptor “es el amo demonio”, el mismo que aquella chica le había hablado: “No lo rechaces y haz todo lo que te pida, si te pide una chupada se la darás, hazlo con suavidad, al principio sentirás vergüenza, luego te acostumbrarás y él te enseñará a... ”

La joven no era una ignorante, sabía de esas prácticas, las había leído en alguna revista o visto una de esas películas porno con sus amigas, a escondidas a la edad que las adolescentes quieren saber cómo es el sexo.

Pero una cosa era curiosear y ver y otra muy distinta acostarse con un hombre al que

nunca había visto en su vida, besarlo y arrodillarse ante él y convertirse en su sumisa. ¿Qué carajo era una sumisa? Era una esclava. No, esclava era otra cosa, la esclava no podía hacer nada, era un objeto sexual que siempre debía estar allí para su amo, su dueño, la sumisa era como una mascota, una cosa que el amo tenía para someterla a los juegos de bondage, dominación y tortura. Ellos lo llamaban bondage, cuerdas, azotes, y otras cosas en las que no quería pensar. Gatita Nin dijo que ser sumisa era muy placentero, que era un juego muy parecido a los otros, y que en la sumisión total estaba el placer y que los orgasmos se multiplicaban y eran tan fuertes que...

Ella miró a su alrededor asustada. Notó que había muebles y sillones rojos y una luz con velas en el centro de una mesa. Él estaba allí, el amo demonio pero no lo veía por ningún lado. Avanzó con la capa roja y de pronto pensó en esconderse para que no la encontrara.

Pero de pronto lo vio en un rincón y gritó aterrada. Era él, el amo diablo y no tenía cuernos ni nada, vestía un traje negro de buen corte y sostenía un látigo mirándola con fijeza. Debió haberla observado todo ese tiempo mientras ella buscaba a tientas un sitio para esconderse.

Encendió las luces y ella vio que era un hombre de más de treinta, alto, fuerte y con una mirada especial, penetrante.

Sonrió levemente y ella tembló como una hoja al sentir que esos ojos la recorrían sorprendidos.

—¡Qué afortunado he sido! Jamás imaginé que recibiría un presente tan hermoso esta noche. ¿Cómo te llamas preciosa?

Ella lo miró confundida sin responder, él repitió la pregunta, molesto, de que su nueva sumisa ni siquiera obedeciera la primera orden que le daba.

La joven murmuró su nombre y lloró, lloró porque no quería que la tocara o que la obligara a andar en cuatro patas, ni que le hiciera esas cosas horribles que hacían las otras chicas con su anterior raptor.

Amo demonio sonrió y le quitó la capucha divertido, tenía la sensación de que la chicuela se sabía muy bien su papel, como una buena actriz, temblaba y lloraba para fingir inocencia.

Un cabello rubio y espeso salió de la caperuza y un cuerpo lleno de redondeces apareció para excitarlo.

—Quítate el vestido preciosa, hoy soy el lobo feroz y quiero verte mejor.— ordenó.

La joven se secó las lágrimas y retrocedió asustada.

—No haré eso señor, ni haré nada con usted... fui raptada ayer cuando salía de la biblioteca, y traída aquí... Nunca quise esto, yo no soy una ramera, vivo en...

Le contó su vida en pocas palabras esperando que él comprendiera que lo que habían hecho con ella era un rapto y eso era considerado un delito. El hombre la escuchó paciente mientras acariciaba su cabello y la miraba embobado y excitado porque esa chicuela rolliza representaba todo lo que le gustaba encontrar en una mujer: belleza, inocencia, femineidad, y además... Le encantaban las bajitas, pequeñas y vestida así parecía tan joven. Tenía dieciocho años pero se veía mucho menor, realmente debió mirarla más de una vez para cerciorarse... ¿Ese Lucio no lo habría engañado? No quería líos con chicas menores, algunas de dieciséis eran muy avivadas y él no quería...

El amo suspiró; era una chica tan guapa y sus ojos celestes eran tan dulces e inocentes,

hermosos...

—Quítate el vestido preciosa, luego me contarás más historias ahora quiero jugar... sabes bien de lo que hablo verdad, querías conocer al amo demonio del club...— dijo él y de pronto atrapó su boca y su cintura porque se moría por besar a esa chiquilla rubia vestida de caperucita.

Ella lo rechazó algo confundida por la forma en que la miraba, él no estaba fingiendo, la consideraba preciosa, aunque sospechaba que no le había creído una palabra de todo lo que le había contado. ¿Acaso creía que mentía?

—No, déjeme esto es un error y si me hace daño iré a prisión y lo denunciaré por raptó y abuso—insistió.

Él sonrió, era su mazmorra y allí hacía lo que quería. Nunca iría a prisión por tener a una sumisa, le gustaba adiestrar jovencitas y le gustaba esa. Le encantó nada más verla entrar en su habitación.

No contaba con que se resistiría y gritaría pidiendo ayuda corriendo por todos lados.

Él sonrió pensando que era un juego y la atrapó cuando llegaba a la puerta.

—Deja de jugar preciosa, basta de juegos y demuéstreme lo que sabes hacer con tus labios—le susurró.

Ella dejó escapar un gemido al ver que se abría el pantalón y liberaba su inmenso miembro inflamado y excitado por la correría.

—Arrodíllate preciosa, hazlo o serás castigada. Es un juego y tú debes complacer a tu amo. Porque imagino que sabrás cómo hacerlo.

No, no lo sabía y se quedó aterrada mientras él la empujaba al suelo y la obligaba a arrodillarse.

Era un hombre muy guapo a decir verdad, pero ella no se inclinaría ni dejaría que...

Recordó los consejos de Gatita Nin: “no lo rechaces, haz todo lo que él te pida...”

Él notó que la joven no respondía, que actuaba como una verdadera colegiala y que no quería hacerlo porque le daba miedo o vergüenza. No era tonto, la chiquilla parecía histérica, no hacía más que llorar y suplicar. Impaciente se acercó y le quitó el vestido hasta desnudarla. Le daría azotes, o la ataría a la cama. Tal vez todo era parte del teatro... ¿O no lo era? Decidió probar optó por lo segundo, estaba hambriento y si no recibía caricias él se las daría.

Rosina gritó al verse atada de pies y manos, amordazada pero de piernas muy abiertas, sintió sus besos y pensó que se desmayaría. Su boca atrapó la suya y luego sus pechos, redondos, tan suaves, esperaba que se relajara, convencerla...

Pero algo andaba mal y de pronto dejó escapar una maldición. No podía creerlo, la chica era virgen, con una vagina tan pequeña que toda su excitación se convirtió en un sudor frío. No le habían mentido, jamás había estado con un hombre; podía palpar la membrana con sus dedos...Era virgen.

Jamás lo habría creído, estaba desarrollada, su cola era muy redonda y la cintura, era una mujer y sin embargo, sí era virgen. Una auténtica virgen. No se fingía inocente, lo era, por eso estaba tan asustada y no respondía a nada.

La observó desconcertado, sí por primera vez estaba descolocado por completo y deseó llamar a su cretino amigo Lucio, el maldito le había hecho una broma de mal gusto.

La jovencita estaba tan asustada que no se movía, así que lo primero que hizo fue desatar las sogas y hablarle para que reaccionara, lo que menos necesitaba ahora era que

se le desmayara.

—Tranquila chicuela, no voy a tocarte, ¿me oyes? Creo que alguien me hizo una broma idiota. Vístete, ¿puedes hacerlo? Te llevaré a tu casa ahora.

Esas palabras le dieron tanto alivio que su mirada cambió y dejó de temblar. Había pasado el peor susto de su vida y solo quería salir de ese horrible lugar y regresar a su casa le parecía casi un sueño.

De pronto Rosina fue capaz de hablar.

—No puedo volver a mi casa vestida así, me siento ridícula disfrazada de caperucita roja. ¿Tienes alguna ropa que pueda servirme?

No, no la tenía, sus sumisas no usaban ropa y la que tenían... él no tenía ropa de mujer en ese lugar, era un club exclusivo para quienes practicaban el bdsm.

—Ponte esa ropa pequeña, luego te conseguiré algo mejor. Será mejor que te saque de este antro, preciosa, no es un lugar para colegialas.

Ella lo miró sorprendida, ¿le había dicho preciosa? Y no era tan malvado como le habían contado, al menos la había respetado. Se sentía aliviada y agradecida, la llevaría a su casa sana y salva. No podía creerlo.

Se vistió con rapidez, tomó sus pertenencias, el celular y luego hizo algunas llamadas.

Ella lo siguió obediente y en el camino le preguntó qué había pasado exactamente.

La jovencita le dijo que habían estado siguiéndola y que un hombre la había raptado y había intentado abusar de ella en la camioneta pero no lo había hecho. Luego prometió entregarla al amo demonio que era un hombre cruel y malvado al que debería someterse, si no lo hacía, la mataría.

Él sonrió, sí tenía fama de ser un amo rudo, exigente y terrible. No era nada de eso, era un maldito juego erótico, ¿es que nadie podía entenderlo? Juegos de dominación y placer. Que una colegiala novata no podría entender, una chica raptada de la escuela, ¿qué clase de putada era esa? Él jamás pidió algo tan extremo para tener una verdadera virgen, bueno sí, había dicho algo pero... Una cosa era fantasear y otra muy distinta...

No se sintió tranquilo hasta que la sacó del club, la metió en su auto y llevó a la jovencita a su casa, estaba muy pálida y no se veía nada bien, si la devolvía en ese estado...

—¿Has comido algo pequeña?—quiso saber mientras la miraba con fijeza.

Era preciosa, una colegiala preciosa con sus zapatitos con hebillas y medias blancas, el cabello rubio y esos ojos... adoraba la mirada dulce y tierna de esos ojos y de pronto mientras ellas le confesaba que no había podido tragar bocado desde la mañana se preguntó si... Nada, era una completa locura.

—¿Acaso vas a llevarme a mi casa?—La jovencita se sonrojó, ese hombre la había visto desnuda, había palpado su vientre como un ginecólogo descubriendo que no mentía y que realmente era virgen y ni siquiera sabía su nombre.

—Escucha, te llevaré a mi casa primero—aceleró su auto Nissan y viró a la izquierda—Cenaremos y luego avisaré a tus padres que estás bien.

Rosina aceptó, estaba hambrienta y confiaba en él, a decir verdad estaba casi forzada a confiar. Había escapado de algo terrible pues de haberlo hecho... No quería perder su virginidad de esa forma, soñaba con algo tierno, dulce...

—Yo no recuerdo el número de mi casa... No puedo recordar...

Él la miró muy serio, no podía creerlo, parecía en estado de shock y se dijo “mierda, ese imbécil me las va a pagar”.

Entraron en su casa y la joven miró a su alrededor asustada y temerosa. Era una casa

antigua y fría, con muebles modernos sin embargo, algunos retratos y... Qué extraño era todo eso, no podía recordar nada y estaba nerviosa.

—Siéntate—repitió el desconocido mientras buscaba comida hecha en el frízer.—
¿Comes lasaña?

Ella no le respondió, parecía distraída, rara, iba de un lado a otro hasta que se sentó en la mesa redonda frente a la cocina.

—Siéntate—debió decirle por tercera vez—No soporto ver a una chica parada. Siéntate y come, lo hizo mi cocinera hoy, tiene verduras, pollo...

El olor era delicioso pero Rosina apenas probó un poco. El desconocido pensó que la muchacha necesitaba un buen sedante, pero no se animó a proporcionárselo, ni a darle droga alguna.

—Tranquilízate muñeca, no voy a violarte, no soy un sátiro ni un demonio, pensé que eras una chica que buscaba una experiencia en el club... Pero jamás he abusado de una novata ni he forzado a ninguna mujer... Y lo digo en serio. Me crees ¿verdad?

Ella lo miró con intensidad.

—Esto parece una broma, un sueño absurdo—dijo al fin—No comprendo por qué ese hombre me hizo esto, nunca lo vi en mi vida, y pretendió venderme como esclava a un hombre rico. Eso es un delito y debo ir a la policía signore... ¡No sé su nombre!

—Descansa, mañana hablaremos, cuando recuerdes el número de tu casa.

La joven secó sus lágrimas y él la llevó al cuarto de huéspedes y la arropó como si fuera su hermana menor o algo similar.

Cuando la jovencita se hubo dormido llamó a Lucio Ridolfi, ¡perro rastro y mal parido! Hijo de puta.

—¿Quién es la chica? Raptaste a una colegiala, a una chica inocente, una niña para meterla en mi cama. ¿Es que te has vuelto loco?

—¿No te gustó mi regalo, amigo? Disfrútalo demonio, te lo has ganado. Tú querías una virgen y yo te conseguí una auténtica virgen, hicimos un trato ¿lo olvidas? ¿Qué pasa? ¿El amo demonio le teme a una virgencita?

—¿Es una broma estúpida verdad?

—No. Es un regalo, tú me ayudaste a encontrar al bastardo y yo te obsequio a la hermana menor del bastardo para que te la devores las veces que quieras. Debes hacerlo, vamos, ¿aún no la has tocado? Te creí más hombre. ¿Qué pasó? ¿Te asustaste?

Él no contestó, le llevó algún tiempo comprender esa broma macabra.

—Es la hermana de Master Paolo, ¿lo recuerdas verdad?

Se hizo un silencio sepulcral, muchas cosas pasaron por la mente de amo demonio en esos momentos. No podía ser.

—Él tomó a tu chica hace tiempo y también me debe una. Te la dejaré un tiempo para que la enseñes y luego me la devolverás. Debes filmar el adiestramiento, cuando comiences, porque sospecho que no has empezado, luego de que me envíes el video entonces me devolverás el regalo que te envié con tanta generosidad. Te divertirás enseñándole, eres master en bdsm y además sabes que debes hacerlo y qué pasará si me desobedeces amo demonio. Lo sabes ¿no es así?

—Escucha maledetto desgraciado, no cuentes conmigo para esto. Esa pobre chica no tiene la culpa, esto es un delito y no iré a prisión por tu culpa. Casi caigo como un imbécil en tu trampa. Pero no me prestaré para esto, no soy un canalla, jamás haría daño a una chica inocente por una venganza estúpida.

—Haz tu parte, nada más, si no lo haces te denunciaré por haber matado a esa chica, tengo el video, las pruebas. Eres un imbécil te creí más listo, ¿será que los años te han vuelto sentimental? Sé todo de tu vida, nos criamos juntos, me debes esto pero si te pones estúpido deberé presionarte y lo haré, soy un dom, no olvides.

Cuando cortó el celular se sintió enfermo, no haría nada con esa chica, su primo estaba demente, además... él tenía sus dudas sobre esa muerte, no era seguro que el hermano de la jovencita lo hubiera hecho. Él deseaba encontrar a un culpable y dijo haber recibido una cinta sobre su hermana...

Necesitaba darse un baño y beberse un whisky en las rocas. Maldito asunto. Ese desgraciado se había vuelto loco. No podía hacer eso, era criminal. Pero la amenaza había sido clara.

Se acercó luego a la joven y suspiró, pobrecilla, ¿en qué jodido asunto la habían metido? Si se negaba a educarla, a iniciarla en la sumisión otro lo haría en su lugar y no sería ni considerado ni... Maldita sea, era una princesa del bosque, una auténtica colegiala virgen, su fantasía predilecta. Y estaba allí, al alcance de su mano. Pero no podía tocarla, ni seducirla así, no era un hijo de puta, y la chica estaba asustada, no sabía nada de esas prácticas ni imaginaba...

Apartó la vista de su cuerpo, la había visto desnuda y era hermosa, perfecta, la princesa sumisa de sus sueños, pero no debía hacerse ilusiones. No era para él, y antes de que se obsesionara mejor sería devolverla a su casa al día siguiente.

La jovencita gritó como si protestara y de pronto se dio cuenta de que sufría una horrible pesadilla y aunque tenía los ojos abiertos parecía dormida.

Le llevó tiempo calmarla y luego rendido, se durmió a su lado exhausto por si acaso despertaba asustada. Era la primera vez que una chica dormía en su casa, hacía tiempo que ninguna se quedaba allí y sin darse cuenta se durmió abrazado a ella, sintiendo su calor, su olor dulce y suave... pequeña y femenina, olía como un bebé, su piel era suave como la de una pollita. Suspiró. ¿En qué lío se había metido y cómo diablos podría salir ahora?

La jovencita estaba despierta cuando entró en la habitación con el desayuno, la capa roja la cubría y el cabello estaba a un lado, despeinado y sus ojos lo miraron con fijeza.

Estaba muy graciosa con las mejillas rosadas como si la avergonzara estar vestida así o...

—¿Te sientes bien, preciosa?

Ella asintió lentamente.

—Bueno, desayuna y luego, llamaremos a tus padres, ¿recuerdas su número?

Rosina dijo no estar segura, pero si recordaba la dirección de su casa. Dormir le había hecho mucho bien y de pronto quiso saber por qué le habían hecho eso.

—¿Fue por dinero? Ese hombre, Lucio...

Él la miró con fijeza, esa mirada la hacía sentir algo incómoda, era tan intensa.

—No, no fue por dinero—puntualizó él—Fue una broma cruel pollita, lo lamento, de veras. Pensé que fingías, que todo era parte de la actuación, del juego erótico de amo y sumisa.

La joven tragó saliva, sabía algo de todo eso, había visto cosas en casa de su raptor que la habían asustado.

—¿Una broma? ¿Y por qué buscar a una joven fea y sin experiencia para gastarle una broma? Esto no tiene sentido. Debe haber algo más. Usted me oculta algo, no desea decirme, pero conoce a ese hombre, ¿no es así? Lucio.

No, no podía decírselo. De pronto la vio sin maquillaje, con los ojos muy celestes y las facciones de adolescente. Virgen. Una preciosa virgen de dieciocho años a quien debía convertir en sumisa, porque si no lo hacía... ¡Maldición! No podía hacer eso.

—Escucha, no puedo decirte la verdad ahora, es algo complicado de explicar, pero tú no eres fea, ¿por qué dices eso?

—Si lo soy, y este traje me hace ver mucho peor.

—Está bien, te conseguiré ropa adecuada pero aguarda... no puedo regresarte a tu casa todavía, necesito tener la certeza de que estarás a salvo, de que esos locos no volverán a molestarte.

No, nunca tendría esa certeza. Lucio regresaría por ella si la dejaba en su casa y lo sabía, empezaba a entender todo el plan. Y él estaba metido hasta el fondo. Secuestro, rapto... Ella pestañeó con el corazón palpitante.

—No puedo quedarme aquí, por favor, usted prometió que me llevaría a mi casa—dijo con un hilo de voz.

—Lo haré princesa, lo haré cuando pueda hacerlo. Ahora aguarda, pediré algo de ropa para ti, ¿puedes decirme tu talle y qué ropa sueles usar?

Debía mantenerla oculta, ese bendito asunto del secuestro... si alguien descubría que la chica estaba allí y que...

No lo haría, no se prestaría para eso, era una bajeza, una crueldad.

Había muchas chicas para divertirse, colegialas liberadas y mujeres con experiencia.

No necesitaba intentar seducir a una novata, era preciosa sí, pero... Estaba muy verde, y se le notaba.

Rosina agradeció que le llevara ropa abrigada y también más normal y cuando tiró ese ridículo traje de Caperucita se sintió aliviada.

Él se alejó, estuvo horas ausente y ella no dejó de preguntarse por qué la retenía en su casa. Encendió la televisión y pensó que se sentía segura, y que no extrañaba nada. La había llamado princesa, y creía que era preciosa. Ni su madre ni su hermano debían estar muy preocupados, sus amigas no gran cosa.

En realidad no le importaba a nadie.

No se sentía bien en la escuela ni en su casa y le costaba creer que un hombre tan guapo la deseara, aunque solo quisiera sexo, siempre se había sentido tan disminuida, tan rechazada por ser como era...

Y no parecía tan malvado a la luz del día, tenía un rostro agradable, era alto y fuerte, su mirada era intensa, sincera, de un tono verde oscuro, el cabello castaño lo llevaba rebajado hacia atrás. ¿Qué edad tendría? Tal vez menos de treinta... pero no debía hacerse ilusiones, él no estaba interesado en ella aunque la hubiera llamado tantas veces preciosa y fuera amable. Todo ese asunto del secuestro la asustaba, no podía entender por

qué estaba allí y porqué ahora ese hombre demoraba su partida...

A media tarde cuando regresó lo encontró más relajado.

—Rosina, debo hablar contigo esto es... Algo complicado, más de lo que había pensado. Debes quedarte unos días aquí, como si huésped hasta que pueda resolver este embrollo. Siéntate por favor, necesito explicarte y no es muy sencillo.

La jovencita obedeció y se estremeció al escuchar los siniestros planes de su raptor, las amenazas y demás. La habían enviado al matadero, sí, eso habían hecho, la habían entregado como un presente, una ofrenda para que su nuevo amo hiciera lo que quisiera con ella y sin embargo...

Al ver que la jovencita se angustiaba él tomó su mano y la besó con suavidad, un gesto tierno que le provocó un temblor.

—Tranquilízate pequeña, no te haré daño—le susurró.

Ella pensó en la historia con calma.

—Mi hermano Pablo está casado hace años, él jamás... haría daño a una chica ni le haría esas cosas horribles.

Su captor la miró con fijeza, no parecía tan seguro de ello.

—Pero él cree que tu hermano mató a su hermana mientras practicaban bondage extremo. Era su sumisa... escucha, tú no sabes nada de esto pero nosotros tenemos ciertos límites, ciertos códigos, y cuando hay imbéciles que los pasan ocurren estas cosas. Hay falsos amos y falsas dominas, dementes que creen que pegar a su novia y atarla con cuerdas es bdsm pero en realidad no tienen idea de nada.

Ella se sonrojó como una chicuela.

—Tiene razón, desconozco esas prácticas salvajes y creo que jamás podría soportarlas. Mi hermano nunca haría algo de eso... Ese amigo suyo Lucio está loco y temo que se equivocó. Mi hermano sería incapaz de atar a una chica como usted dice y luego asfixiarla hasta matarla.

Él la observaba con fijeza, con el cabello suelto parecía una hermosa madona, frágil, vulnerable como la caperucita que había conocido la noche anterior.

—Quisiera creerlo pero mi primo encontró pruebas, tiene una cinta y... No son pruebas definitivas por supuesto chicuela pero...

—Me llamo Rosina, deje de llamarse chicuela o pichoncita, tengo nombre, ¿sabe? Y usted, ... ¿Usted es primo de ese lunático? ¿Y cómo es su nombre? ¿Por qué no me lo ha dicho? Supongo que debe tener otro nombre que no sea amo demonio.

Él la miró con fijeza y ella notó que sus ojos eran de un color indefinido, en la oscuridad se veían muy oscuros pero era un tono castaño tan oscuro que en ocasiones parecían negros. Era un hombre guapo y sus miradas la hacían estremecer. Esperaba que no lo notara porque no tenía interés en que la atara como un pollo y le hiciera esas otras cosas espantosas mientras la obligaba a someterse a él. Todo lo que sabía del bondage le provocaba terror, y no olvidaba que todavía estaba a merced de un amo, un fiel representante del bdsm. Y aunque dijo que no iba a forzarla temía que terminara seduciéndola, empujándola a hacer esas cosas tan peligrosas y horribles.

—Me llamo Alessandro Balli, pero me dicen Alessio, y aquí soy Amo demonio. Él único que puede ostentar el título de master. Pero he estado algo alejado del club de bdsemeros, todo lo que se repite, sin emoción, termina hartándote. Al principio es excitante, luego no es lo que crees, no sientes ganas de... Fui anoche al club porque me prometieron un obsequio especial, una sumisa preciosa que sabían me gustaría...

Rosina se sonrojó inquieta, ¿hablaba de ella, una sumisa preciosa?

—Yo no soy preciosa, me dicen esas cosas para engañarme, para engatusarme o convencerme de que tenga sexo. Pero jamás seré eso que usted dice, ni sumisa, ni preciosa.

Esas palabras lo hicieron reír, esa chica era muy graciosa, dulce, tan inocente, ¿qué sabía esa de los placeres del bdsm, ni siquiera conocía los placeres más simples del sexo?

Pero había una amenaza latente sobre ese ángel y lo sabía, su primo estaba loco y ciego y podía hacerle mucho daño. No todas las chicas estaban listas para ser sumisas ni soportaban esos juegos, algunas huían gritando furiosas, tenían fantasías sí con unas sogas, pero eso no alcanzaba, porque algunas fantasías jamás deben realizarse hasta tener la certeza de que serán placenteras, y eso, lamentablemente no se sabe hasta el final.

—Sí eres preciosa Rosina, no eres sumisa todavía, me hicieron creer que lo eras y todo parecía encajar, pensé que fingías, que era parte de la actuación...

Sus ojos se agrandaron.

—Ahora ven a comer niñita, perdón, Rosina, se me olvida tu nombre, debes alimentarte y darme tiempo para que elabore un plan. Lo primero es tranquilizar a tus familiares, inventa una historia. Te fuiste con un chico que te gustaba para tener una aventura diferente.

La joven obedeció y él se preguntó cómo demonios saldría de ese embrollo. No sería sencillo convencer a su primo, pero debía intentarlo. Era una locura lo que estaba haciendo y lo sabía. Estaba metido en el baile y como en el refrán: debía bailar.

—Escuche señor Alessio, no será sencillo contarle esa mentira a mi madre, nunca salgo con chicos ni creerán que me escapé con uno de ellos... Yo no soy alocada.

Él la miró con intensidad.

—¿Y por qué no salías con chicos?

Ella no le respondió hasta que dijo.

—No soy atractiva ni le gusto a nadie. Deje de burlarse de mí, yo no soy preciosa, soy una gordita estudiosa que ayuda a sus amigas en las pruebas y también a unos tontos para que dejen de molestarme. Y si cree que mintiéndome, o haciéndome sentir bella dormiré con usted se equivoca, porque no puede engañarme, no soy tonta.

Esas palabras casi lo asustaron, no podía creer que esa joven se viera fea solo por ser rolliza, no era rolliza en realidad, y ser así le sentaba, no se notaba tanto, solo debían ser algunas libras...

—No eres tan lista como parece, pequeña—dijo al fin, exasperado dejándose caer en el sillón mientras se bebía una cerveza.

Ella se quedó mirándole estupefacta, claro que era lista, era la mejor de la clase, tenía las mejores notas... Bueno antes las tenía, ahora había bajado su rendimiento pero...

—Quiero decir, eres inteligente pequeña pero no tienes mundo y nadie habla contigo ¿verdad? No tienes hermanas ni verdaderas amigas que logren ayudarte a superar ese bullying que sufres. ¿Crees que eres la única que tiene unos gramos de más? En tu colegio debe haber muchas chicas como tú, pero ninguna tan bonita, estoy seguro. Eres preciosa y no te lo dije porque quisiera llevarte a la cama, no soy un pervertido de menores y tú eres virgen además y cuando decidas dejar de serlo, pues mejor será que encuentres a un chico bueno y tranquilo que no vaya a lastimarte.

Ella lloró al oír esas palabras, pero él no se detuvo, quería decirle lo más

importante.

—Los chicos no te molestan porque seas fea, o como dices tú: “gorda”, te aseguro que ningún chico se interesa en una chica fea, yo también fui un adolescente estúpido con las hormonas alborotadas y sé bien cómo piensan esos imbéciles. Te persiguen porque eres preciosa y no pueden tenerte, no lo haces con nadie así que no tienen esperanza de que lo hagas con ellos.

Ella lloró al recordar lo ocurrido meses atrás cuando unos chicos la siguieron y comenzaron a burlarse riéndose de ella por ser “una gordita virgen”. Todo había empezado por haber salido con ese chico de quinto año, el más guapo del colegio, él había esperado otra cosa y luego de llevarla a bailar la metió en su auto y quiso que... estaban besándose y abrió sus pantalones para que le hiciera caricias.

Ella corrió asustada y ese chico guapo le contó a todo el mundo que era una tonta, una monja de convento que se asustaba de ver un hombre desnudo.

Luego debió soportar las burlas y alguien dijo que ella era virgen. Más burlas, todas sus amigas lo hacían, algunas con varios pero ella no.

—No debes sentir vergüenza preciosa, es tu decisión, lo harás cuando estés madura y preparada. Cuando un chico te conquiste y sientas que realmente deseas hacerlo. Las chicas de tu edad lo saben todo del sexo pero eso no es muy bueno ¿sabes? Es decir... Lo hacen por deporte, por curiosidad, pero es algo mecánico, el placer que sienten es efímero. El sexo es algo emocional, espiritual, son dos personas que se gustan, que se unen y disfrutan a cada instante descubriendo sus fantasías, besos caricias... No es lo mismo al sexo adolescente, aparearse como perros puede ser divertido para ellos, ahora nada está prohibido ni censurado, sus padres no lo saben. Pero el sexo es un camino, un aprendizaje, un descubrimiento que debe hacerse lentamente. Tú no eres como ellas y deja de verte fea, porque yo te veo preciosa y no soy el único, mi primo también y me envió una carta diciéndome que te cuidara y no te lastimara. Y no te digo esto para seducirte, si quiero sexo sé dónde encontrarlo, no necesito engatusar a una colegiala ni mentirle. Yo no miento y detesto las mentiras, los engaños. Tú eres hermosa, eres dulce, y si esos imbéciles te molestan es porque te desean y no pueden tenerte. Aprende a quererte, a verte hermosa, ama tu cuerpo, y empieza a aceptarlo.

Ella secó sus lágrimas y lo miró confundida, nunca se había sentido hermosa ni bonita y no le gustaba su cuerpo, usaba vestidos y faldas largas para cubrirse porque pensaba que sus piernas tenían demasiada carne. La terapeuta del colegio la había atendido algunas veces y se había sentido mejor hablando con ella pero luego debía soportar las burlas de los chicos y todo se iba al tacho. No quería regresar a ese colegio, había pasado los peores años de su infancia y ahora en la adolescencia también.

Él escuchó parte de la historia, conmovido.

Al parecer la madre de esa joven estaba muy ocupada con su nuevo marido para prestarle atención, su hermano tampoco parecía quererla demasiado y su padre, que tal vez pudo amarla, pero había muerto cuando cumplió ocho años. Había una tía sí, pero vivía lejos y sus amigas... sus amistades no eran lo que debían ser.

—¿Qué voy a hacer ahora? Si regreso a casa, tu primo...

Él tomó su mano y la besó.

—Cuidaré de ti preciosa, lo haré, estoy metido en este lío hasta el fondo pero no permitiré que nadie te haga daño.

Ella lo miró sorprendida.

—Pero tú no me conoces, no sabe nada de mí. ¿Por qué haces todo esto?

Porque no tenía opción, estaba metido hasta la coronilla y también por una razón en la cual no quería pensar.

Tenía empleados para cuidarla, portones eléctricos y si la alarma sonaba la policía llegaba enseguida. Tenía una empresa que atender, no podía quedarse de niñera de la colegiala, su dulce caperucita. Pero era mejor que nadie supiera que estaba allí.

Su primo lo llamó días después para saber si ya tenía el video.

—Vete a la mierda con tu video, no lo haré ¿entiendes? Esa chica que me enviaste es un presente, me pertenece y no haré un puto video para que tú hagas una paja viéndolo.

Su primo rió divertido.

—Vaya, ¿te ha gustado la colegiala? Sabía que te gustaría, por eso te la obsequié.

Enséñale un poco más y luego iré a buscarla, es mía en realidad.

—No, ya no es tuya. Me pertenece y no te acercará a ella.

—Ese no era el trato.

—Los regalos no se piden, ¿lo has olvidado? Un presente a otro amo es para siempre, solo yo puedo darla a quien me plazca y no se me antoja hacerlo.

—Estás exagerando, no puedes haberte enamorado de la chiquilla en tan poco tiempo, ¿qué te hizo? Según creí no sabía hacer nada.

—Olvida tu estúpida venganza, no metas a esa jovencita inocente, ni siquiera tienes la certeza de que fue él.

Su primo Tulio dejó escapar una maldición.

Ese asunto no quedaría así y ambos lo sabían.

Había pasado una semana maravillosa en su compañía, la jovencita era tan dulce y encantadora, parecía que lentamente recuperaba la confianza en sí misma lejos de esos imbéciles que la molestaban. Le gustaba llegar del trabajo y encontrarla allí esperando su llegada para charlar o cenar juntos. No parecía extrañar su casa ni a sus amigas y sentía que ese algo que había entre ellos crecía lentamente. La deseaba, se moría por hacerle el amor, desde el principio había sido así y ahora que la conocía lo deseaba mucho más pero también pensaba: “es una chica lastimada, solitaria, tan vulnerable... Y si lo hago me sentiré como un reverendo aprovechado hijo de puta”.

Una noche mientras cenaban recibió la alarma de la casa, intrusos y miró a la chiquilla, una semana con ella y tenía la sensación de que la conocía de mucho antes y de que el destino había hecho una de esas jugadas maestras para unirlos.

Sus ojos celestes lo miraron asustados y él corrió y la alzó en brazos llevándola a la habitación secreta mientras esperaba que la policía atrapara a los intrusos.

—Silencio preciosa, no grites por favor—le susurró al oído excitado al sentir su cuerpo pegado al suyo. La jovencita lo miró asustada y excitada, podía sentir su respiración agitada y ese perfume viril tan intenso... le gustaba ese hombre, y cada día que pasaban juntos sentía deseos que no podía evitar. Debían ser las hormonas alborotadas, no... no era hormonal, era físico, mental, quería estar con él, quería aprender... Pero tenía miedo, no le agradaban las sogas ni las esposas ni nada de lo que había visto en su sala privada un día que había entrado a espiar. El sexo le provocaba miedo y curiosidad, y sin embargo él le gustaba y no quería regresar a su casa, quería quedarse con ese hombre que la llamaba preciosa y la deseaba, se sentía tan cómoda en su casa y deseó quedarse para siempre... era una tonta, esos hombres tenían chicas para cumplir sus fantasías, chicas desenvueltas que se dejaban someter como la Gatita Nin, chicas que sabían de sexo y

sabían complacer a sus amos exigentes y malvados.

—Alessio, tengo mucho miedo, si esos locos me atrapan creo que moriré...—dijo de pronto y lloró.

—No temas preciosa, yo cuidaré de ti...

La jovencita tembló y deseó que él la besara pero era demasiado tímida para pedirlo, solo lo miró suplicante.

De pronto escuchó las voces, los golpes...

—Sabemos que la tienes Demonio, ¡entrega a la chica ahora, no te pertenece!—dijo una voz viril, profunda.

Rosina tembló, si esos hombres la encontraban estaría perdida. No tendría piedad de ella y le harían cosas horribles. Esa sería su venganza. Pero él no lo permitiría y no dejó de abrazarla mientras buscaba un arma escondida en la repisa de la habitación.

—Tranquila, si llegan aquí les volaré la cabeza.

No tuvieron tiempo, la policía llegó más rápido que en otras ocasiones y los atraparon. Eran matones contratados por su primo, la querían a ella, a su princesa, pues jamás la tendrían.

La miró con intensidad, estaba llorando y temblaba asustada y necesitaba que la reconfortara y lo hizo, la abrazó con fuerza y la besó, un beso posesivo, ardiente, desesperado. La tomaba para besarla, era su amo y sentía que ella también lo deseaba.

Rosina sintió que se fundía en ese abrazo y que ese beso ardiente, exigente, tan inesperado la trasportaba al cielo. Su cuerpo estaba pegado al suyo, pero solo sería un beso... se apartó de su princesa y le pidió que aguardara allí, que debía hablar con los oficiales.

La jovencita se quedó temblando de miedo y deseo.

Estaba atrapada y lo sabía.

Durante semanas ese loco demente la había seguido, y dijo haber hablado con ella por face fingiendo ser un chico del colegio. Sabía sus horarios, había visto sus fotos y cuando esa noche la llevó en su camioneta había intentado divertirse con ella. Había escapado de milagro de que la violara pero ahora todo había cambiado.

La había entregado a su primo como ofrenda, al amo demonio, un amo cruel y dominante capaz de domeñar a la sumisa más díscola. Y ahora, una semana después quería que le enseñara, quería que le hiciera el amor y la cuidara de esos otros seres malvados que la tratarían como una cosa.

La buscaban, sabían que la tenía allí.

Él regresó poco después y dijo que debían empacar.

—Saldremos de aquí preciosa, te llevaré a otro lugar donde no puedan encontrarte.

Huir. Era una locura hacerlo, pero necesitaba ganar tiempo y resolver ese engorroso asunto, tenía dos detectives trabajando y acababa de alertar a la policía sobre su primo.

Pero nadie sabía que él tenía a la chica desaparecida en Milán hacía una semana y media. Nadie debía saberlo.

Mientras viajaban en su auto, Rosina le preguntó a dónde la llevaría. No le importaba ir al infierno en su compañía pero sintió curiosidad.

—Iremos a un lugar tranquilo preciosa, creo que debo avisarle a tu hermano, temo que esto...

Pensaba en voz alta y no debía hacerlo, no quería inquietarla, todo eso no era

culpa suya.

—¿Quieres regresar a tu casa?

Ella lo negó ruborizada. Quería estar con él, no habría podido regresar a su antigua vida, las burlas, la soledad, la depresión... había dejado de sentirse triste, de verse fea, había comenzado a arreglarse como antes, cuando había varios chicos que la llamaban para salir y la vida era alegría, era misterio... Así se sentía entonces, llena de vida, de energía y...

—Seré acusado de rapto si me descubren preciosa, y soy culpable de un delito... Podrían darme unos cuantos años en prisión—declaró él.

Rosina se estremeció. —¡No, tú no me has raptado! Ellos lo hicieron y luego...—su voz se quebró, no quería ni pensar que algo le pasara.

—Es cierto, pero fue mi culpa, este juego peligroso comenzó mucho antes, esta maldita trampa fue cocinada tiempo atrás... No temas, no soy un raptor, intento evitar que esos rufianes se acerquen a ti y te hagan daño. Cuidarte es mi prioridad princesa.

Le gustaba cuando la llamaba así, princesa... la hacía sentir especial...

—¿Y por qué no le avisaste a la policía que estaba contigo? Pudiste explicarles, pedirles que me cuidaran con guarda policial.

—No es tan sencillo... Lucio tiene gente, matones despiadados, y sabe que te ocultaré y no dejará de buscarte, preciosa. No descansará hasta hacerlo, pero no temas, esta vez no podrá, no imagina siquiera... Tengo mis escondrijos que nadie conoce, ni siquiera mis amigos más cercanos.

Ella se estremeció, la noche que había pasado con ese hombre había sido más que suficiente, no quería regresar con ese psicópata. Y tampoco quería dejarlo a él, pero pensaba “él lo hace porque se siente culpable, no está interesado en mí...”

Sabía que era mentira, sabía que había algo entre ambos y ese algo le daba miedo, la excitaba y la hacía desear que esa aventura nunca terminara.

Llegaron a destino horas después a una casa en un bosque, un lugar agreste cerca de Lombardía, un lugar hermoso. Él la miró con cierto orgullo, diez días y había dejado de parecer una pollita mojada que aseguraba ser fea, pero todo llevaba tiempo y él lo necesitaba... le gustaba saber que avanzaba tan aprisa pero también temía dar un mal paso y que su princesa huyera...

No, él no quería que hiciera eso. Quería atraparla, que fuera suya, no deseaba otra cosa pero... No estaba convencido de poder lograrlo.

Rosina sentía sus miradas, y en ocasiones también su respiración, el aroma de su piel y la sensación de que ese perfume la envolvía y la seducía humedeciéndola lentamente. No quería pero... deseaba estar con él, deseaba quedarse en esa cabaña y olvidar que un día había tenido una vida en su ciudad, donde los chicos se burlaban de ella y nadie le prestaba atención en realidad. Él la consideraba preciosa, y a su lado se sentía tan bien, como si flotara en una nube. Suspiró hondamente. No, no era posible. Ese hombre era guapo pero era un dom, el amo de alguna sumisa tonta llamada gatita,

perrita... Chicas tontas y con algún trauma que hacían todo lo que él les decía, entregaban su cuerpo para que las atara o les diera azotes. Gatita Nin le había contado y ella había curioseado algo en Internet cuando él no estaba en la casa hacía días.

Ella no habría soportado esas cosas, andar en cuatro patas, ser atada y quemada con velas, o castigada. Para Rosina quienes practicaban esos juegos estaban locos, los hombres sádicos y las mujeres drogadas o mal de la cabeza pues ¿qué placer podía sentir una mujer al ser azotada? A ella le provocaba pánico imaginar que ese hombre la ataba o... Mejor sería sacarse de la cabeza esas tonterías.

La jovencita sabía que lentamente se acercaba a Alessio, podía sentirlo en su piel, esos momentos compartidos la embujaban y atrapaban y se preguntaba si realmente no sería un demonio como le llamaban, si no tendría algún poder...

Una noche salió temprano y al regresar Rosina salía de la ducha con una toalla pensando que él no estaría en la casa. Sus ojos la miraron con tal intensidad que se sonrojó porque sabía que la deseaba y ella sentía lo mismo, pero no podía dormir con ese hombre, la lastimaría, y sería una experiencia terrible para ella.

Se vistió deprisa y esquivó su mirada luego durante la cena, pero era él no dejaba de mirarla y cuando sintió sus ojos clavados en los suyos tembló. Sabía que pasaría, en algún lugar de su corazón, de su alma estaba escrito que sería él y que no podría evitarlo y cuando quiso correr, cuando pretendió encerrarse en su habitación él la atrapó con la velocidad de un cazador y la retuvo entre sus brazos dándole un beso salvaje hasta vencer cualquier resistencia...

Lo deseaba sí, estaba loca por él y era algo físico muy fuerte, suponía que debía haber algo más pero en esos momentos era piel y un montón de sensaciones desconocidas que recorrían su cuerpo como un torrente... ese beso profundo, y su mirada y luego sus caricias...

Él notó que estaba asustada, debió sentirlo y de pronto le dijo mirándola con intensidad:—Tranquila preciosa no voy a hacerte daño y me detendré cuando me lo pidas.

La jovencita enrojeció, no, no quería que se detuviera, quería que lo hiciera pero...

—No me ates por favor ni me des con esa horrible fusta—murmuró mientras se quitaba el vestido y se quedaba en ropa interior tendiéndose en la cama. Estaba asustada y excitada, y de pronto notó que él se desvestía y jugaba con el cinturón de su pantalón de jeans.

—Tranquila preciosa, no voy a lastimarte, nunca te lastimaría, pero soy amo y tú debes ser mi sumisa—dijo y de pronto ató sus manos al barrote de la cama.

—No, no, déjame, no me ates, odio esto...—Rosina estaba a punto de llorar y lloró, pero él la abrazó con mucha ternura y la besó una y otra vez para calmarla.

—Tranquila preciosa, tú quieres ser mía y yo quiero que eso ocurra. Sabes que soy tu amo ahora y debes obedecerme, así que tranquilízate, pero puedes llorar, hazlo si eso te hace sentir mejor...

Rosina lloró y luego quiso soltarse las manos pero no pudo, él la tenía atrapada, inmovilizada y eso era en sí un juego erótico que él disfrutaba mucho.

—Ríndete preciosa, deja de resistirte, disfrútalo...

—Suéltame por favor, no quiero perder mi virginidad atada como una esclava, quiero disfrutarlo, esperaré mucho para que ahora...—estaba furiosa y excitada, sus besos, sus caricias y esas cuerdas... No podía entenderlo, quería soltarse pero cuanto más intentaba quitarse las sogas más deseaba: que entrara en ella y la convirtiera en mujer.

—Cierra los ojos preciosa, obedece, si obedeces tendrás tu recompensa—le susurró.

Ella obedeció y aguardó.

—No me tortures, esto no es divertido y yo... tengo miedo—confesó.

—No te haré daño, obedece, deja los ojos cerrados, esto te gustará, ya verás...

Rosina se rindió y de pronto sintió que su boca atrapaba sus pechos mientras sus brazos se abrazaban a su cintura y sus manos le hacían suaves caricias. Estaba desnuda, él la había desnudado sin que se diera cuenta, con la rapidez de un rayo...

Sabía que eso la avergonzaría, no habría soportado estar desnuda y atada, era demasiado pero como tenía los ojos cerrados, el efecto era distinto... sentía que su cuerpo era bonito, al menos así se lo decía él con esas caricias mientras sus labios buscaban su boca y ella sentía su corazón acelerado. La deseaba sí, podía sentirlo en su piel que ardía y en su miembro inmenso, duro como piedra... sentía su dureza rozarla pero no podía verlo, tenía los ojos cerrados, no tenía permiso para abrirlos... ya no sentía las manos atadas, él se las había liberado pero su cuerpo seguía cautivo de sus besos y gimió al sentir su boca en su rincón más íntimo. Esa boca ardiente tan suave envolviéndola, haciéndola sentir sensaciones tan fuertes que creyó que iba a desmayarse. Oh, era maravilloso, era un tormento y lo hacía con tanta delicadeza y eso...

—¡No, no!—se quejó entonces atormentada. Quiso gritar, escapar pero él no la dejó en paz y la joven cayó laxa en la cama sintiendo como él disfrutaba de ese contacto y seguía devorándola por completo como si no hubiera probado una mujer tan dulce en toda su vida.

“Pequeñita y tan dulce, voy a enloquecerte hoy preciosa, voy a hacerte mía como no podrá hacerlo otro hombre jamás” le susurró.

Ella temblaba de deseo y de pronto lloró, no era ella misma y ahora sus ojos estaban abiertos, quería verlo, abrazarlo... era todo un hombre, alto, fuerte, vigoroso y sabía que iba a hacerlo, que se moría por entrar en ella pero parecía postergar ese momento. Volvió a besarla, y le rogó que lo tocara, que lo acariciara despacio... la joven obedeció y él notó que su tesoro era dulce pero muy estrecho, así que decidió devorarla un poco más para que luego estuviera lista para recibirle. Rosina cerró los ojos y luego gimió al sentir que la penetraba, su miembro era inmenso y le dolía, procuró dominarse pero esa primera vez fue muy dolorosa para ella. Hasta que el dolor cedió y su sexo se abrió como una flor para acoplarse a él en toda su magnitud...

Él no había dejado de estar atento a sus reacciones, y procuró consolarla preguntándole como estaba. “Ya pasará preciosa, debo abrirte para mí, quiero convertirme en mi mujer esta noche, solo mía, no puedo detenerme ahora...” le susurró. Ella estaba húmeda pero era deliciosamente estrecha, tanto que... le costó mucho desvirgarla, pero luego se relajó y lo abrazó y besó apasionada disfrutando ese momento mágico en que se convertía en mujer.

—Preciosa, así, eres hermosa Rosina, perfecta para mí...

Él la rozó con fuerza y la inundó con su simiente sin dejar de gemir y estrecharla contra su pecho, era hermosa, para él lo era, tan dulce... Una chicuela adolescente, le gustaban así pero nunca había dormido con una adolescente virgen, la mayoría eran mujeres con apariencia de novatas. Pero ella era especial, lo había visto desde la primera vez.

Rosina derramó unas lágrimas de emoción. Había ocurrido, y lo había deseado tanto y él la había hecho sentir tan bien; hermosa y amada... Algo que ella jamás había sentido, que su cuerpo podría ser deseado así y también, sentirse bella como si... Como si se hubiera quitado esa piel insana y ahora fuera una mujer distinta, nueva.

Él la observó y la cubrió con su cuerpo y besó su cabello y su carita redonda de jovencita secando sus lágrimas. La abrazó y no se alejó a pesar de que la vio acongojada. —¿Estás bien, qué sientes?

Rosina no pudo decir nada, se acurrucó en su pecho y lo besó. No quería que ese momento terminara, que esa noche llegara a su fin. Nunca creyó que el sexo sería así, al contrario, pensaba que era algo mecánico, que los chicos solo la querían para eso como a sus amigas.

“Estoy bien”, le susurró.

Él la besó con suavidad y la rodeó con sus brazos con mucha fuerza, ardía de deseo por esa jovencita. Era hermosa, tan dulce y fresca, casi se sentía como un vampiro con una víctima a quien quería devorar...

Ella respondió a sus besos porque quería que pasara de nuevo, quería ser suya, le gustaba hacerlo.

Alessio pensó que hacía tiempo que no disfrutaba tanto del sexo, que antes había sido placer fuerte pero efímero, luego llegó el hastío, se había divertido siendo el amo pero ahora quería ser simplemente el amante vainilla de una hermosa adolescente. Despertarla, iniciarla en el sexo despacio. No la ataría y olvidaría todas esas locuras de ser su amo. Era tierna como una flor y no quería...

Así empezó su loca aventura vainilla, como le llamó él. Tal vez se había hartado de ser el Amo demonio, o solo quería ser el amo de su cautiva, no estaba seguro.

¡La deseaba tanto, era una chica tan dulce y tierna! Estaba loco por ella y estaba más involucrado de lo que quería aceptar.

Con otra mujer no habría insistido ni habría sido tan paciente, pero Rosina tenía algo que lo intrigaba y atrapaba, y lo convencía de quedarse. Tenía tantas ganas de hacerle el amor y nunca estaba satisfecho, nunca podía saciarse y por eso, y por algo que no quería siguiera razonar la mantenía cautiva...

Una mañana mientras hacían el amor ella lloró, no podía entenderlo, parecía disfrutarlo pero a veces lloraba y él se sentía mal.

—¿Qué tienes preciosa? ¿No quieres hacerlo?—le susurró él.

Ella secó sus lágrimas.

—No es eso Alessio, es que temo, creo que... Es un sueño, y que luego me dolerá despertar.

Él la rozó con fuerza—Eso no pasará preciosa, no ocurrirá. Tranquila. Mírame. Estás a salvo conmigo y nunca permitiré que te hagan daño. Disfruta el ahora, no pienses en el mañana—le susurró.

Ella lo abrazó con fuerza, le gustaba tanto estar así, nunca creyó que podría sentirse tan bien. Era maravilloso, especial.

Pero vivía un sueño, a veces temía despertar, se preguntaba si él sentía algo por ella, o solo disfrutaba teniendo sexo y placer. Nunca hablaban de ello, y él era muy cariñoso y atento y jamás la ataba ni le hacía esas cosas que hacían los amos.

Un día le preguntó por qué había entrado en esas prácticas tan salvajes y qué placer podía sentir un hombre con esas cosas.

Él sonrió sin responderle, en ocasiones guardaba silencio sin decir palabra, era reservado y misterioso. Nunca hablaba de su pasado, de su familia, solo de su trabajo, de la empresa familiar y de cosas menos personales. Hacía llamadas, usaba la portátil y lo llamaban seres que eran como fantasmas... que habitaban su mundo, un mundo que la joven desconocía.

Sin embargo en esa ocasión le respondió:—Sentí curiosidad y probé... No siempre lo hacía, fue una experiencia que tuve y luego... A veces era vainilla, a veces un amo, ahora soy vainilla 100% —declaró.

—¿Vainilla? ¿Qué es vainilla?—repitió ella. La palabra le resultaba familiar, alguien le había hablado al respecto.

Él sonrió y la atrajo sentándola en tu falda.—Tú preciosa, tú y yo en la cama. Lo que hacemos, lo que hacemos en las noches y en las mañanas a veces. Vainilla es un término para nombrar al sexo tradicional, lo usual.

Rosina se sonrojó.

—No me importa ser vainilla—dijo ella con cierto orgullo—la noche que estuve en casa de tu primo fue... horrible y si me hubieras hecho esas cosas habría muerto—exclamó.

Sus ojos se agrandaron. Era una chicuela, no podía culparla. La envolvió entre sus brazos y la besó.

—Es que tú eres una baby ¿sabes? Una bebé. Recién te inicias en el sexo, necesitas aprender mucho más... ¡Ven aquí!

Le gustaba cuando miraba sus labios y luego la desnudaba y entraba en ella con urgencia como en esos momentos, a toda hora: a media mañana, pero tomando precauciones para que no hubiera consecuencias. No quería dejarla preñada, eso debía ser planeado y deseado y por ahora lo único planeado era el placer de estar juntos...

Una mañana sin embargo, días después, Rosina despertó al oír voces, Alessio hablaba con alguien, con otro hombre y sus palabras la sorprendieron. Estaba discutiendo con alguien, en la puerta... Se incorporó sobresaltada y se acercó para escuchar.

—Este no era el plan, quiero a la chica—dijo un hombre.

—Vete a la mierda, no te la llevarás Lucio—protestó Alessio.

—Te calentaste con la chica eh? Y dime, ¿es tan buena en la cama? Pues se terminó ¿entiendes? Entrégala ahora. Es mía, maldita sea, mi venganza, y pensé que no serías tan estúpido pero veo que me equivoqué, porque tú no piensas con la cabeza, sino con lo que tienes allá abajo.

Rosina tembló al comprender que el primo de Alessio estaba allí y la llevaría y pensó en esconderse, en correr pero aterrada se quedó dónde estaba.

Afuera se oyeron las voces cada vez más fuertes y luego los golpes, los insultos. Él quería salvarla, le importaba, quería conservarla, tal vez porque la deseaba y le gustaba, pero al menos no la entregaría al verdugo. A ese loco primo suyo que solo quería vengarse.

No lo haría.

Estaba temblando y cuando él entró en el comedor la encontró acurrucada en la esquina, llorando, pálida. Había oído la conversación, los golpes y estaba aterrada. No imaginó que la jovencita estaba despierta, maldita sea... Debió oír todo.

—Tranquila Rosina, no volverá... Creo que al fin entendió... —Alessio se acercó a ella pálido, desconcertado. Sabía que debía hablar con la jovencita, explicarle, decirle la verdad, porque ese maldito secreto pesaría sobre ellos para siempre.

Pero no estaba seguro, ¡todo había sido tan fuerte, tan inesperado! Debían separarse, en poco tiempo lo harían, acababa de llamar a su hermano. Había sido una experiencia maravillosa, mucho mejor de lo que había esperado pero... Debía terminar. Debían regresar al mundo, cada uno a su vida: él a su empresa que había postergado demasiado y ella a sus estudios, que también había abandonado.

Luego de calmarla preparó el desayuno y le habló, intentó ser frío, convincente...

—Rosina, he hablado con tu hermano hace un momento y le prometí que te llevaría de regreso en unas horas. No fue sencillo explicarle, ni que entendiera por qué pasó todo esto, pero era importante que supiera que estás bien, sana y salva y que pronto regresarás a casa.

La jovencita lo miró perpleja, asustada, y de pronto se ruborizó.

¿Entonces lo que habían vivido no había significado nada para él?

Solo una aventura, una experiencia vainilla, eso había sido. Las lágrimas brotaron de sus ojos como un torrente al tiempo que una onda de depresión se apoderaba de ella y nada de lo que dijo él pudo darle algún consuelo.

—Soy un paquete para ti ¿verdad? Una carga. Y deseas librarte de esta carga— dijo momentos después sin derramar una lágrima. Ahora estaba furiosa, se sentía usada, estafada. No quería quedarse con ella ni le daba esperanza alguna de que... “Ambos debemos regresar al mundo real” había dicho. Maldito mundo real, ella lo odiaba.

Alessio la miró con fijeza. Había estado así imposible toda la mañana, ahora debía almorzar y empacar y no podía lograr que la chiquilla comprendiera por qué lo estaba haciendo.

—Escucha preciosa, mírame, escúchame ahora. He resuelto el problema con mi primo, él no volverá a molestarte, si lo hace irá preso ¿entiendes? Entiende que no podemos quedarnos aquí, tengo trabajo Rosina, no vivo del aire, y no estoy diciendo que seas una carga. Yo soy responsable de todo esto, me presté a un juego y ahora... Ahora quiero arreglar el mal que te causé. También fui engañado sin saber que todo formaba parte de una venganza de mi primo. Eres muy joven, estuvimos juntos sí y fue maravilloso preciosa, mírame... Si quieres luego podemos vernos y salir, pero no podemos quedarnos aquí, la policía estaba buscándote y puedo ir preso por participar de todo esto.

La joven secó sus lágrimas y lo miró.

Él se acercó y acarició su cabello rubio tan suave sin dejar de mirarla.

—Rosina, no voy a atarte ni quiero que sientas que... Lo que pasó entre nosotros fue hermoso sí, fue importante para ti, para los dos, pero tú eres una adolescente y yo un hombre. Debes regresar a tu casa, con tus amigos y ten confianza en ti, empieza a quererte, a valorar lo que la naturaleza te ha dado. Eres hermosa Rosina, y no dejes que esos tontos vuelvan a molestarte, riéte de ellos, dales su merecido.

Ella pensó que intentaba consolarla, seguía sintiéndose fea y jamás perdería la timidez ni la inseguridad. No cambiaría, y esa experiencia no lo haría, seguiría siendo la jovencita gordita que se veía fea y... él solo le decía esas cosas para consolarla.

Comió poco y luego pensó, “tal vez tenga un poco de razón: soy una adolescente y todo esto, no estoy preparada para una relación seria, estable ni demás y si no hay algo más, mejor sería separarse”.

Quería ser amada, no quería dormir con un chico solo porque tuviera ganas, si él no sentía nada nada por ella, ni podían tener una relación estable y duradera...

No podían vivir escondidos eternamente, él tenía cosas importantes de las que ocuparse y ella...

A medida que regresaban comprendió que todo había sido un sueño y era hora de despertar. Solo eso.

Le extrañó que no hablara mientras la llevaba a su casa, que se mostrara tan frío y que solo dijera que por favor lo llamara si ocurría algo inesperado. Lo notó raro, distante, como si sintiera alivio o lo disgustara tener que llevarla de regreso a su casa.

No debía angustiarse ni pensar... No debía llorar como esas chicas que persiguen chicos que no quieren saber nada de ellas, que las usan y luego le dicen “fue maravilloso, fue divertido pero no quiero volver a verte, fue solo sexo”.

Pues ella no era una de esas chicas, tenía orgullo y jamás suplicaría ni estaría atrás de un hombre que solo había querido divertirse y tener una experiencia distinta con una adolescente regordeta.

Estaba demasiado ofendida y enojada para llorar, así que cuando él comenzó a hablar para despedirse no lo escuchó.

—Debo irme ahora Alessio, gracias por salvarme—dijo interrumpiendo su discurso.

Odiaba cuando los tipos se ponían formales y daban excusas, hablaban de inmadurez, de estar seguros y demás, cuando lo que querían era quitarse de encima a la chica con la cual habían tenido unas noches de sexo.

No se volvió ni una vez, estaba temblando, no quería llorar maldita sea, su hermano se acercaba con Ana, su esposa, corriendo. Parecían preocupados, la miraban como si temiera que... Maldita sea, no quería separarse de Alessio, no quería irse y debía hacerlo.

Regresar a su triste y horrible existencia, a la escuela, no quería que terminara como un bonito sueño, evaporándose con la luz de la mañana: convertido en nada...

—Rosina, ¿estás bien?—su hermano la miraba con ansiedad y su esposa también

—Sí, estoy bien—mintió ella con un hilo de voz.

—Bueno, ven, te llevaremos a casa.

Agradecieron a Alessio pero ella no lo miró, no quiso hacerlo. Hasta que en el momento en que subía al auto azul, un Nissan último modelo, se detuvo y lo miró. No pudo resistir la tentación. Al diablo su orgullo, rabia, dolor. Alessio también la miraba desde su auto, inmóvil, como si quisiera mirarla hasta el final. Tonterías.

Sus miradas se unieron un instante eterno, la de ella debía estar enrojecida, la de él intensa... El tráfico, los autos y edificios, todo parecía desdibujarse de ese día de sol de junio, todo, solo estaba Alessio mirándola como si quisiera decirle algo, o si deseara acercarse, besarla...

No pudo sonreírle ni alzar la mano, todo parecía derrumbarse a su alrededor y deseó que la tierra la tragara. No quería estar allí, no quería decirle adiós.

—¡Rosina!—su hermano gritó y ella se desplomó como si todo su ser se resistiera a regresar a su casa, a la secundaria, a la vida que había tenido antes de conocerlo. No quería, habría deseado quedarse con él en esa cabaña, encerrados, prófugos, la vida era tan emocionante entonces...

Al despertar estaba en su apartamento, su madre le hablaba y su hermano estaba sentado a su lado preocupado. Tuvo la sensación de que todo había sido un sueño. De pronto pensó que lo había inventado todo y que Alessio no existía ni...

Durante días se negó a hablar del asunto y se negó a regresar al colegio y pasó gran parte del día acostada. Sufrió depresión, eso dijo el médico que la atendió y le dio unas pastillas y la mandó a terapia.

Odiaba a los terapeutas, eran todos iguales, siempre tratando de hacerla sentir distinta, especial, hermosa, “eres tan joven”, como si ser joven fuera una virtud o algo que debía agradecer. Patrañas, ella no era hermosa ni especial. “Debes regresar a la escuela, tener actividades” insistió su terapeuta.

Esta vez era una doctora joven y agradable. Bueno, siempre eran agradables... —Debes regresar a la escuela, te sentirás mejor.

Harta de que la trataran como niña protestó.

—No quiero volver a ese horrible colegio donde todos se burlan de mí por ser obesa, donde todas las chicas tienen novio y son felices mientras que a mí nadie me presta atención. Se ríen, hacen bromas y no dejan de molestarme.

La doctora dejó de sonreír.

—¿Dices que te molestan? Tú no eres obesa. Eres adolescente, el cuerpo cambia cuando tienes...

—Siempre he sido gorda doctora, desde niña, por favor, deje de decirme que soy bonita así, o que es por las hormonas y esas tonterías. No me creo una palabra de todas esas tonterías—la interrumpió Rosina.

La psicóloga no respondió. Había un asunto acuciante que resolver mientras continuaba la terapia. Lo único que lamentaba era que la madre de la jovencita fuera tan poco... permeable. Cada vez que hablaba con la elegante señora tenía la sensación de que hablaba con una pared. Fingía escucharla pero no lo hacía. Vivía viajando y para ella su hijo mayor era su hijo, mientras que Rosina... No podía entender por qué no quería a la muchacha, era su hija, bueno, ella no podía entender muchas cosas y en su profesión debía lidiar con problemas complejos. Anotó varias cosas y luego miró a la jovencita. No era obesa, ni gorda, solo tenía unos kilillos pero ¿eso qué importaba? Era una chica preciosa, tan dulce. Al demonio con la obsesión de ciertas mujeres por alcanzar ese cuerpo perfecto.

No podía entender por qué seguían condenando a las mujeres a ser esqueletos, esa moda europea de alcanzar una figura imposible, solo provocaba anorexia, bulimia y depresión.

¿Es que nadie buscaba valores en esa sociedad? Como si todos fuéramos

imágenes virtuales sin alma, sin su esencia...

—Rosina, aguarda, hablaré con tus padres sobre lo ocurrido en el colegio. Haré un informe para que presenten en la dirección—anunció la doctora.

Los ojos de la jovencita se iluminaron.

—Lo que voy a pedirte es que no abandones la terapia, por favor.

Rosina la miró.

—¿Usted cree que puede cambiar mi vida señora? Hace años que voy a terapia y todo sigue igual.

—Espero que ahora las cosas cambien Rosina, déjame ayudarte.

La jovencita no esperaba nada de ella, no esperaba nada de nadie, había recibido una educación con muchas carencias y abandono, su padre había muerto cuando tenía ocho años y luego su madre se había casado varias veces. Vivía viajando, una existencia frívola, cómoda, en ocasiones se iba de viaje con su marido rico y no estaba por meses en la ciudad y la joven quedaba al cuidado de la cocinera, una tía mañosa, la señora de la limpieza... Su hermano era afectuoso pero se había casado y no podía encargarse de la hermanita menor, era muy difícil la crianza de una adolescente cuando sus padres estaban ausentes.

Cuando la distinguida señora Simonetta supo por la psicóloga que su hija sufría eso llamado bullying en la escuela desde hacía mucho tiempo se asustó. ¡Qué contrariedad! ¿Llevaría mucho tiempo resolverlo?

Leyó la nota y se puso pálida. Su viaje a las islas griegas para celebrar su aniversario. Iba a arruinarse por ese maldito embrollo, ese lío de chicas... seguramente se peleaban por algún chico. ¿Su hija estaba enamorada?

—Doctora, no comprendo bien esto. ¿Qué debo hacer?

La dama estaba nerviosa. Su hija se le parecía bastante, solo que ella seguía una dieta estricta y algunas pequeñas cirugías la mantenían en forma, no representaba la edad, tenía una de esos rostros redondos, sin arrugas, y unos ojos de gata muy azules dulces y seductores. No, Simonetta no era dulce, tal vez lo era con sus maridos, o lo había sido pero...

La terapeuta le explicó pero ella no escuchó bien, es que no era muy lista, siempre se distraía durante los discursos. Tenía un problema de dispersión, en realidad su cabeza estaba puestea en ese maravilloso viaje y la manera de no postergarlo.

Mauro, su hijo Mauro sería su salvación.

—Señora, su hija está deprimida.

Rosina. Esa niña siempre le había dado trabajo, era una pequeña rebelde, igual a su primer marido; ladina y caprichosa. Nunca estaba conforme con nada, tuvo las mejores muñecas, los juguetes más caros, el colegio más exclusivo. Todo. Todo. Pero ella no les prestaba atención, vivía metida en su mundo. Cuando no estaba malhumorada y se encerraba en su cuarto para escuchar esa horrible música.

Escuchó la perorata, no entendió ni la mitad, tomó el informe y habló con Mauro,

él debía ayudarla, era un sol. Un joven tan bueno y tan leal con su familia.

Lo llamó enseguida.

—¿Que me lleve a Rosina? Mamá, se aburrirá como un hongo, además Clara está embarazada y debe hacer quietud, ¿lo olvidas? No puedo hacerme cargo ahora, habla con tía Ana por favor. Ella te ayudará. Lo lamento, de veras que no puedo. Sácala de ese horrible colegio, es una peste. Es lo primero que debes hacer o si no... pues llévatela contigo de luna de miel.

Simonetta tembló ante tan loca sugerencia. ¿Llevarse a su hija adolescente en su luna de miel? ¿Qué clase de broma loca era esa?

Además cómo cambiarla ahora, terminaba el semestre, comenzarían las vacaciones de verano, no se quedaría en Milán a cocinarse por culpa de esa niña rebelde y consentida.

Siempre le había dado trabajo.

Rosina, ajena a las maquinaciones de su egoísta madre se reunió con sus amigas en el jardín.

Se había salvado de pruebas, y algunos líos en el colegio.

—Estefano preguntó por ti, Rosina. Está loco por ti Rosina, no seas boba. Es muy guapo.

No le gustaba Estefano, ni Giulio, en el colegio no había más que chicos tontos que se burlaban de ella y la molestaban por ser gorda, por ser virgen, por no tener buenas notas.

Nunca la dejaban en paz. De todos ellos había uno que realmente la odiaba; Enrico Patti.

Era un cretino hijo de puta que por tener buenas calificaciones (sí, el imbécil estudiaba y era listo) y tener sus padres mucho dinero, hacía cualquier cosa en el colegio. Todas sus maldades y burlas quedaban impunes.

Era el que más la había mortificado siempre.

—¿Sabes que Enrico se quebró un brazo?—dijo de pronto su amiga Carla mientras se servía un helado del frízer.

Otra se adueñó del equipo de audio mientras la tercera le contaba los detalles del accidente del chico insoportable luego de sacar el auto de su padre.

—Fuera de combate por unas semanas, no te molestará más. Los nerds de fiesta, sabes, no eres la única a quien persigue, sí la única chica... debe ser porque lo ignoras, es tan arrogante y además...

Elisa había dormido con Enrico, lo sabía, ella le había contado detalles escalofriantes de cómo había tenido sexo oral en su auto, la retuvo horas exigiéndole dos mamadas y luego... Bueno, eso no era todo, al parecer la tenía muy ancha y algo... ¿Deforme? ¿Por eso tenía tan mal carácter?

Rosina se estremeció de asco al recordar.

—Debes regresar Rosina, ignóralos, haz las pruebas porque si no lo haces perderás el semestre y...

—Al diablo con eso, no me importa.

Sus amigas se miraron, la notaron algo extraña.

—¿Oye y no vas a contarnos qué pasó con ese hombre que te tuvo encerrada? No me digas que no tuviste sexo con él. ¿Quién era?

Ella miró a su amiga molesta, no, no hablaría de Alessio, no lo haría, ni contaría que lo había hecho ni... Era su secreto, además no le gustaba contar sus cosas y no

entendía por qué sus amigas hablaban de lo que hacían sin ningún pudor.

—Estás más delgada Rosina, ¿no te habrán hecho pasar hambre? ¿Y por qué fue te raptaron? Querían cobrar secuestro. En el colegio se preocuparon mucho por ti, hasta Enrico preguntaba si sabíamos algo.

Debía hablar, decir algo para que todos dejaran de preguntar.

—Fue por error, pero no diré más, no quiero hablar de eso por favor. Me afecta. Sus amigas se miraron.

—Perdona Rosina, tranquila, no llores. Ya pasó. Estás en casa otra vez.

La rodearon, y le dieron un pote de helado para consolarla, pero ella pensó en Alessio y se sintió mal. No quería regresar a la escuela, pero cuando llamó la directora y habló con su madre no tuvo opción, volvería al día siguiente.

—No quiero que pierdas el semestre, debes terminar el secundario Rosina, es lo mínimo, para cualquier trabajo te lo piden. Además imagino que te recibirás, y si quieres hacer un curso de pocos meses...

Simonetta no tenía fe en que su rebelde hija estudiara, ¿qué sería de ella? Si al menos se arreglara un poco más, si adelgazara y se cuidara... Los chicos huían de las jovencitas con problemas, tan poco coquetas como ella. Era preciosa, bah, lo sería si se arreglara.

Años de feminismo, de lucha denodada, sangre sudor y lágrimas para que mujeres como estas pensara que la solución a todo era que su hija encontrara un príncipe azul, o lo más parecido.

A Rosina no le gustaba estudiar, imaginaba que tampoco trabajar, no le interesaba el arte, la ciencia, ni el deporte... ¡eso sí que no! ¿Qué haría con su vida? No podía ser la eterna adolescente rebelde y malhumorada, tal vez si encontrara algún novio se estabilizara un poco.

Pero no se llevaba bien con los chicos, se había enamorado de uno aquel verano en Ibiza y luego de eso había quedado mal. Es que era muy malhumorada, y a la gente malhumorada le pasaban cosas malas, era así, si fuera más alegre y optimista.

Durante la cena, en un lujoso restaurant Rosina dijo que no quería regresar al colegio. Estaba angustiada, no hacía más que mover las manos, nerviosa.

—Come Rosina, ¿es que ahora te has puesto a dieta?—se quejó su madre disgustada.

Su padrastro ignoró su comentario, como la ignoraba a ella. Era un exitoso empresario con una marca de ropa cara, y una cadena de tiendas en el centro. Para Rosina era un anciano necio y pedante que solo hablaba de dinero.

Pero su madre lo trataba como si fuera lo máximo, se derretía por él. O lo quería por su dinero, su madre siempre se había enamorado de millonarios, ¡qué buen ojo que tenía! Y de todos los millonarios ese era el más cretino. Lo odiaba. Afortunadamente no debía verlo nunca.

Regresó a la escuela y procuró pasar desapercibida. Sus amigas la rodearon de forma protectora y los idiotas, que aguardaban en la puerta la miraron sin decir palabra.

Ese primer día todo estuvo muy tranquilo pero a ella le costó concentrarse y pensó “nunca aprobaré, no puedo pensar con claridad”. Y entonces recordó a Alessio; “debemos regresar al mundo preciosa, mi trabajo, tus estudios...” ¡Malditos estudios! Nunca se recibiría, nunca sería nada. Odiaba esa vida y no tenía idea de qué quería ser. Odiaba ese colegio, a los profesores y en ocasiones deseaba que todo volara en pedazos como en las películas; que un horrible zombi, monstruo o nave extraterrestre llegara y atacara a esos idiotas, a todos, no le importaba morir si veía cómo caían esos malditos.

Su celular sonó entonces y el profesor lo escuchó, y uno de los tontos se dio vuelta y la miró.

Sin importarle nada miró el número y tembló, era Alessio. La estaba llamando. Al diablo todo.

—Signorina Rosina—dijo el profesor enojado.

Ella no le prestó atención.

—Deja eso tontita, no puedes atender el celular—dijo Cósimo, uno de los brabucones mirándola de petulancia.

Se alejó corriendo, odiaba estar en ese lugar, la clase era un bodrio, nunca entendía nada de matemáticas ni de historia. Tenía notas horribles, quién podría creer que aprobaría el semestre.

—Alessio, eres tú.

—Hola preciosa, ¿cómo estás?

Rosina le dijo la verdad.

—No muy bien... Odio estar aquí.

—¿Estás en tu casa?

—No, en la escuela secundaria.

—Perdona, te llamaré después.

—No... Estoy afuera ahora.

Quería verlo pero no podía decirle, no sabía por qué la había llamado.

De pronto se encontró hablándole de la terapeuta, la nota que dijo entregaría al colegio, su madre y sus vacaciones a las islas griegas...

—Creo que me iré a Pavía, a casa de mi tía para las vacaciones. No quiero ir pero sigo siendo una maleta que va de un lado a otro, como cuando tenía cinco años y mis padres se iban de vacaciones y no querían llevarnos.

Rosina estaba a punto de llorar.—Perdona, no sé por qué te cuento estas cosas.

—Te entiendo, tranquila. Debo cortar ahora, pero te llamaré después. Animo preciosa, no des corte a esos imbéciles.

Rosina guardó el celular con pesar, y de pronto vio a Enrico Patti observándola en el salón, al parecer tenía recreo o había ido de paseo. Quedaba cómico con el brazo enyesado y un ojo morado. Unos amigos lo acompañaban, como siempre, nunca se metía solo.

—Miren quién está allí, la chica fugada o raptada. ¿Con quién hablabas gordita?—quiso saber Enrico.

Ella lo miró con fijeza, debía aprender a defenderse de ese cretino.

—¿Y a ti que te importa, estúpido? Tú estás mucho peor, al parecer alguien te dio una paliza. Algo habrás hecho—le respondió.

El cretino no esperaba que le dijera eso, debía estar furioso sin un brazo y de tener uno de sus preciosos ojos verdes en tono morado. Había ido a una discoteca, se metió con

una chica que al parecer tenía novio, debía estar drogado porque quería que le practicara sexo oral en su auto y al final el novio se hartó y le dio una paliza. Su amiga Ana se lo había contado.

—Miren ustedes, la gatita rolliza al fin saca las garras, lástima que no se quite otra cosa y deje de ser la monjita del convento. Me encantaría probar con una chica virgen, me estoy hartando de las zorras de la escuela, ya las probé a casi todas...

Al ver que se acercaba a ella tembló, odiaba y temía a ese desgraciado, era malo, de mala entraña. Tenía diecinueve años, nunca terminaba ningún semestre, su padre tenía mucha plata y lo consentía y al final iba al colegio a buscar sexo, nada más.

—Déjame en paz estúpido. No puedes hacerme nada, ni siquiera tienes dos manos— chilló furiosa.

Enrico la corrió por todo el patio furioso y frustrado. Hacía tiempo que le tenía ganas a esa gata tímida, le gustaban sus ojos de muñeca tan grandes y luminosos. Y no estaba mal, imaginaba que se divertiría mucho metiéndosela a la virgencita. Debía ser muy apretada y dulce...

Una de las profesoras vio la escena e intervino y como resultado Enrico entró a clase de inglés y Rosina debió explicar por qué no estaba en clase.

A él siempre lo favorecían, ese colegio parecía un prostíbulo de niños ricos. Y las chicas se prestaban para eso porque querían probarlo todo antes de cumplir los dieciocho, eso decían.

Su madre se fue de viaje la semana siguiente y Rosina no se sintió triste, al contrario, estaba contenta porque vería a Alessio ese viernes, saldrían a tomar algo.

Estaba loca por él y era su único solaz en ese tormento de ir al colegio, estudiar para las pruebas. No podía hacerlo, ese estúpido no la dejaba en paz. Había llegado a ofrecerle dinero a cambio de su virginidad. Era un demente.

Sintió un escalofrío al recordar ese encuentro en el recreo. Debió decirle que ya no era virgen, pero pensó que sería peor.

—¿Qué te gustaría? Seguro que nunca tienes dinero ¿verdad? Ese padrastro es un avaro, y tu madre te ignora—dijo Enrico mirándola con una sonrisa babosa.

Ella sintió deseos de insultarlo pero no lo hizo, se alejó y él la siguió. “Te daré cinco mil euros por una noche de sexo muñeca. Tengo mucho más, si aceptas serán tuyos. ¿Estás de acuerdo?” le susurró.

—No me acostaría contigo ni por un millón, ni muerta Enrico, déjame en paz—le respondió.

—Vamos, ¿para quién te estás guardando muñeca regordeta? ¿Para los gusanos? Tú no quieres estudiar ni estar aquí, quieres escapar de esta mugrosa ciudad, el dinero te servirá. Para una noche no está nada mal...

Ella se alejó furiosa.

Debía sacarse a ese cretino de la cabeza, saldría con Alessio.

¿Cómo diablos sabía que no quería estudiar? ¿Y que en cambio soñaba con irse

muy lejos?

Y de su padrastro avaro, de su madre indiferente. ¿Por qué no se buscaba una ramera competente a quien pagarle y la dejaba en paz?

Llamó a su amiga Chiara, se sintió intranquila y le contó lo ocurrido en la escuela.

—Es un idiota, ignóralo. Sabes, es raro pero él se interesó en ti luego que te raptaron. No dejaba de preguntarnos. Él sale con varias de la escuela, ya sabes, y no pensé que se interesara en ti.

Siempre se había burlado, durante años y luego...

—¿Quién le dijo de mi padrastro, de mi madre? Alguna de ustedes me traicionó. Yo no hablo con nadie de mis problemas.

Estaba furiosa y herida, se sentía traicionada.

Chiara cortó y fue a verla.

Rosina no quería hablar, no diría nada.

—Escucha, yo nunca conté nada de tu vida. Yo no lo hice, te lo juro pero hay ciertas cosas que en un colegio se saben... Estuve pensando. Se sabe que la madre de Lilly es lesbiana, el padre de Cósimo un ampón y otros... Es inevitable, el cotilleo, los chismes, nos conocemos desde la escuela casi. Todos dicen que tu madre siempre se casa con millonarios y que tu padrastro es avaro, que tú nunca llevas dinero a la escuela, ni tienes dinero para comprarte buena ropa. Para ciertos especímenes como Enrico el dinero lo es todo, quién es más rico y sabes que odia a Cósimo porque su padre tiene mucho dinero y se burla de él... A mí no me importa pero te digo esto para que no te enojas con nosotras... no creo que nadie le haya contado nada, él debe saber por comentarios que ha escuchado, así como sabe que nunca sales con chicos y eres virgen.

Los ojos de Rosina brillaron y fue a beber un refresco para no estallar.

—Detesto el cotilleo, y jamás creí que se molestaran en hablar de mí.

—Bueno, no te preocupes por eso, no te hará nada. Es imbécil pero no un sátiro, tal vez pensó que necesitabas el dinero y te sentirías tentada.

La cocinera llegó entonces y le preguntó qué quería cenar. Se quedaría con ella hasta que pudiera irse a Pavía con tía Amelia, ya estaba todo decidido. Su madre se había ido como una quinceañera enamorada de vacaciones pero no la extrañaba, tenía todo cuanto deseaba en la casa pero no tenía demasiado dinero, su mesada era tan escasa que apenas podía comprarse alguna tontería.

Dejó atrás todos sus problemas. Él esperaba... Alessio.

Fue a buscarla en su Nissan, con jeans y una remera oscura y lentes negros, se veía tan guapo... Tembló al verlo, lo había echado tanto de menos.

—Sube preciosa, te llevaré a cenar y luego...

Ella sonrió y entró en su auto. El mundo se le antojó un lugar maravilloso de repente. Había regresado, la había buscado... Pensó que no querría volver a verla ni...

Él la miraba con intensidad y de pronto mientras doblaba en la cuadra siguiente acarició su cabello.

—Estás preciosa chiquita. ¿Cómo va tu escuela?

Detuvo el auto en un restaurant, pero antes de ir a comer quiso besarla con suavidad y tenerla entre sus brazos.

No quiso hablarle de la escuela, quería estar con él, charlar... Disfrutar cada momento, juntos.

Fueron a un restaurant pequeño, escondido en las calles principales y pidieron un plato

de mariscos con arroz.

—Mi primo no te ha molestado ¿verdad?—preguntó de pronto.

—No salgo mucho, solo he ido a terapia y a la escuela. A veces tengo miedo, como si alguien me siguiera... Sé que son ideas, no hay nadie cerca de mí y sin embargo...

—¿Y te sientes mejor con la terapia?

—No mucho, es la escuela... No quiero ir a ese colegio, mi madre dijo que me cambiaría pero como tenía que irse a las islas griegas, no quiso complicarse buscando un nuevo colegio ¿entiendes? No le importa... Siempre he sido una carga para ella y ahora... Es que no quiero estudiar, quisiera mudarme con unas amigas, compartir gastos, buscarme un trabajo.

—¿Trabajar y dejar los estudios? Rosina, escucha, lo que necesitas es cambiarte de escuela. Debes continuar tus estudios, prepararte para algo mejor. Si dejas ahora...

—No quiero hablar de mí ahora, estoy harta de la terapia, la secundaria, mis amigas y ese colegio inmundito. Háblame de ti, ¿qué has hecho?

Él tomó su mano y la apretó con fuerza.

—No hay mucho que contar, trabajo, horarios, rutina, lo de siempre. Tú me preocupas más preciosa, te noto muy sola sabes y no entiendo por qué una joven tan dulce y buena como tú...

—Yo no soy dulce y buena, soy una tonta que no tiene suerte para nada. Por eso no quiero hablar de mí, no hay nada bueno que contar. Odio a esa escuela y con gusto la haría arder pero es un delito y me sentiría mal si realmente ocurriera...

Se hizo un silencio en el cual Alessio la miró con tanta intensidad que ella se sonrojó. ¿Qué iba a decirle?

No se atrevía a decirle “te he echado de menos, quiero hacer el amor contigo, todo cambia cuando estás tú”...

—Necesitas terapia preciosa, en ocasiones los adolescentes... Demonios, no es por ser adolescente, ¿por qué no te cambian de colegio? Escucha, hablaré con tu hermano, él debe hacer algo por ti.

De pronto Rosina palideció, porque sintió algo extraño, una energía rara en el lugar y lo vio a él: al demonio Enrico con una chica rubia de aspecto llamativo (debía ser una de sus amigas golfas) mirándola de forma extraña. Como si la hubiera pillado en algo extraño.

—¿Quién es él, Rosina? ¿Lo conoces?

El cretino sacó un cigarro y se puso a fumar mientras charlaba con la chica rubia y la señalaba.

—Es Enrico, uno de los estúpidos que me molesta en la escuela—respondió ella.

Alessio miró al muchacho y pensó que no parecía un adolescente, debía tener más de veinte, al menos aparentaba más edad. Y no le agradó la forma en que miró a Rosina.

—¿Te ha hecho algo ese imbécil?—le preguntó.

Ella lo miró asustada. Y de pronto apareció Enrico en persona mirándola con una sonrisa.

—¿Y qué milagro es este? ¿La virgencita del colegio encontró a su verdadero padre? Alessio lo miró furioso.

—Eso no es asunto tuyo Enrico, déjame en paz.

—No se me antoja gatita, teníamos un trato tú y yo... Cinco mil euros aguardan para ti, no lo olvides, y te daré el doble ahora si vienes conmigo a mi auto. No tienes que hacer

nada, solo abrir tus piernas y dejarlas así un buen rato, muñeca.

Era una provocación que Alessio no iba a tolerar, Rosina se sintió enferma de vergüenza.

Luego Alessio insultó a Enrico y le dio una trompada que lo tumbó. Uno de los mozos intervino y llamaron a la policía.

Rosina comenzó a llorar al ver la trifulca, ese patán solo tenía el labio partido y se lo merecía por ser lo que era; un grandote ordinario. Hablarle así, humillarla como si fuera una vulgar ramera. De haber podido ella misma le habría dado una buena paliza; se lo merecía.

Jamás se habría acostado con ese granuja, ni por un millón de euros, llevaba tiempo burlándose él y sus amigotes, siempre molestándola a ella y a otras del colegio.

Alessio la llevó fuera del restaurant y casi huyó antes de que cayera la policía.

—Cretino hijo de puta, qué ganas tenía de partirlo en pedazos—dijo.

Manejó a gran velocidad y solo se detuvo cuando llegaron a su apartamento. Ahora debía consolarla a ella, estaba temblando y lloraba.

—Tranquila chiquita, calma... ¿ese era el desgraciado que te molestaba en el colegio? Pero tiene más de veinte. ¿Qué hace allí?

Rosina secó sus lágrimas y lo miró.

—Es porque sus padres tienen mucho dinero, nunca estudia ni hace nada, va al colegio a buscar chicas para dormir, ha dormido con casi todas y se burla de un par, de mí siempre se burló. Y el otro día me ofreció dinero como si fuera una ramera.

Alessio se enfureció. —¿Cómo diablos permiten eso? ¿Tu madre lo sabe y tu hermano, es que nadie hace nada para ayudarte?

No, ella nunca les había contado, otros chicos la molestaban, desde hacía años pero nadie sabía...

—¡Qué lata con ese pendejo hijo de puta! Escucha muñeca, mírame, esto no puede quedar así, ese tipo está mal de la cabeza, debe drogarse o creer que puede humillar y pisar a todo el mundo. Que no quede impune esto, no lo dejes. Yo te ayudaré, hablaré con tu hermano, debes salirte de ese colegio de inmediato.

—Mi hermano tiene a su esposa encinta y a quietud, no, no le digas nada, lo preocuparás y mi madre está de viaje, ella nunca hizo nada por mí, no le importo nada pero no quiero sentir lástima, estoy harta de esta vida pero quiero cambiarla, quiero ser adulta y no depender de nadie, pronto cumpliré dieciocho conseguiré un trabajo...

Él la abrazó y pensó que esa chiquilla era admirable, tanto había sufrido ese tormento, ese acoso en el colegio sin que nadie la ayudara. ¿Para que traían hijos al mundo esas mujeres? Para luego deshacerse de ellos como maletas.

—Esto no puede quedar así preciosa, no puede. Quienes te hicieron daño deben pagar, ¿y cómo es que tu terapeuta no sabe esto?

—Ella hizo una nota y se la dio a mi madre, dijo que iría al colegio que debía hacer una denuncia por bullying pero no sé qué pasó con eso.

—Pues yo lo averiguaré. Si tu hermano no hace nada yo lo haré. Llevas tiempo triste y deprimida y te mandan a terapia ¿por qué no te sacan de esa horrible escuela?

—Mi madre dice que es el mejor colegio, que si termino allí luego...

—Por supuesto, el mejor colegio sí...

Rosina se refugió en sus brazos, necesitaba tanto estar con él, sentir su calor... Una caricia a su cuerpo y a su alma que nunca había recibido. Él la apretó con fuerza mientras la desnudaba y llenaba de besos y caricias...

Tendida en su cama nada más le importó, el mundo entero podía desaparecer, ese mundo horrible lleno de ausencias y dolor. No quería pensar en ese idiota que la molestaba, en ese colegio, no regresaría él se lo había dicho y le haría caso.

Y mientras hacían el amor ella lloró diciéndole que lo amaba porque era verdad y lo había sabido mucho tiempo atrás. Lo amaba y lo necesitaba con igual intensidad y si lo hubiera perdido...

Él la miró muy serio.

—Chiquita, eres tan dulce—dijo él y la besó apasionado. Estaba loco por ella pero tenía miedo, nada sería tan fácil como parecía, y por momentos se sentía como un aprovechado. Una jovencita sola tan vulnerable y él era un hombre, con su vida organizada. No era correcto y sin embargo no podía evitarlo, no había dejado de pensar en ella esos días deseando verla de nuevo. Se estaba involucrando y lo sabía, y sentía tantas ganas de hacerle el amor y protegerla. Era mucho más que la chica con la que salía, había sido su cautiva seducida, su virgen adolescente y entrar en ella era lo máximo, sentía que nunca antes lo había disfrutado así, con tanta intensidad.

Estuvo horas haciéndole el amor y cuando todo terminó no quiso dejarla ir, que regresara sola a su casa. Ahora estaba a cargo de Catarina la cocinera, pero ¿qué podía hacer esa pobre mujer para ayudarla?

Debía hacer algo por la chica.

Y cuando la llevaba a su casa en el auto, horas después le dijo.

—Hablaré con tu hermano Rosina, no debes regresar a esa escuela, no lo hagas. Aguarda. Debe haber alguna forma de... Ese cretino debe recibir su merecido, no puede ser que te insulte y quede impune. Es acoso, y eso está penado.

Ella lo miró agradecida.

—No regresaré, pero dudo que mi hermano... Mi hermano no puede hacer nada, además todo ese asunto del secuestro... tu primo.

—Mi primo no volverá a molestarte, acaba de enterarse de quién lo hizo y... se vengará. Esta vez tiene pruebas.

Sus ojos se agrandaron.

—No puedo creerlo, ese pariente tuyo está loco, hizo todo lo que hizo, me hizo pasar el peor susto de mi vida ¿y ahora resulta que era un error?—estaba indignada.

—Era su hermana y en la mazmorra azul nos conocemos.

Rosina enrojeció. —¿Y tú perteneces a ese club? ¿Sigues yendo a buscar chicas que caminan con una cola de zorro vestidas como gatas?

Él sonrió y detuvo el auto. Habían llegado a destino.

—Ya no lo hago... fue una aventura, me divertía hacer algunas cosas...

—Pues conmigo no cuentes, si te veo vestido como amo o un látigo cerca te juro que no saldré nunca más contigo—le advirtió.

Él sonrió y pensó que le habría gustado atarla mientras le hacía el amor y convertirla en su princesa sumisa. Era muy pronto, recién estaba experimentando las primeras sensaciones, el despertar de su piel... la estaba despertando, la guiaba al placer y era su amo aunque no usara azotes ni cuerdas todavía...

Rosina no regresó a la escuela y pensó que quería irse de esa ciudad, estaba muy afectada por ese encuentro con Enrico en el restaurant, ¡qué avergonzada se había sentido! Habría deseado matarlo o que la tierra la tragara y luego... Solo en sus brazos había encontrado consuelo.

Suspiro hondamente, ese día no tenía fuerza para ir a la escuela, quería marcharse de esa ciudad y desaparecer, su vida era un infierno: ese colegio, las burlas y eso no cambiaría, al contrario, él volvería a molestarla, él y sus amigotes . Su hermano la llamó por teléfono poco después.

—Oye, ¿tú estás saliendo con Alessio Balli? Es muy grande para ti Romina, es un hombre y además... ¿qué ocurrió con ese estúpido del colegio?

Ella se lo dijo en pocas palabras.

—No volveré a la escuela César, no lo haré.

—Rosina, escucha por favor, no puedo ir ahora para hablar esto, debemos hablar con calma y mi esposa... Me necesita, tú sabes.

—Por supuesto. Tú tienes tu vida César, deja que yo viva la mía, tengo derecho ¿no crees?

Cesar no estaba tan convencido de eso y le dijo que debía regresar al colegio, que perdería el semestre.

Rosina lo ignoró, era adulta, ¿por qué no la dejaban tranquila? ¿Y por qué ahora le decía con quién debía salir?

No esperaba que su hermano apareciera a media tarde.

Estaba preocupado, lo notó cansado, esa esposa suya era una pesada, una latosa, parecía obligarlo a tenerlo pendiente de ella.

—Escucha Rosina, escúchame bien ese hombre no es para ti y le he advertido que si vuelve a verte o te busca lo denunciaré ¿entiendes?

Esas palabras la inquietaron.

—Vamos solo tienes dieciocho años y él veintinueve, es un aprovechado, te lleva once años. Es un desgraciado malnacido y si te toca... ¿No habrás dormido con él, verdad?

Bueno, no podía hacer nada al respecto, si lo había hecho. Su hermana lloró, gritó y tuvo un ataque. El típico capricho de adolescente, enamorarse del tipo menos indicado.

“Si la tocas te haré pedazos ¿entiendes? A ti y a tu primo, tengo pruebas para hacerlo, raptaron a mi hermana y al parecer también hiciste algo más”, le había dicho César a ese cretino. Y no se había equivocado. Se acercó a su hermana y la abrazó. Estaba tan sola, era de esperar que terminara así, enamorada de un tipo que no era para ella, preñada, o... su madre nunca la había querido, le daba trabajo, era rebelde, obstinada...

—Él es lo único bueno que tengo ahora y te pido que no hagas nada, porque no es malo, no me hizo ningún daño, al contrario, me mantuvo escondida para que su primo no me encontrara. Tú sabes toda la historia. Y yo...

—Tú terminaste seducida por ese tipo. Rosina, eres una niña casi, nunca has tenido novio ni tienes mundo, nada... Te hará pedazos hermanita, te romperá el corazón, lo conozco, él no se involucra, solo busca sexo, divertirse, y le gustan adolescentes. Son su debilidad. Saldrá contigo hasta que se aburra y luego, te dejará Rosina, y tú estás loca por él, ¿cómo vas a recuperarte? Alessandro nunca tiene compromisos y sus relaciones no le duran más que un par de noches, es un tipo frío, que solo le interesa el sexo y hace

cosas que tú...

—Sí, ya sé, era el amo diablo, lo conocí así, pero él se preocupa por mí, ¿crees que se tomaría tantas molestias si no sintiera algo por mí? Además, recién estamos saliendo, no puedes esperar que... No querrás que se case conmigo en tres meses ¿o sí? No seas anticuado, tú estuviste años de novio antes de casarte y...

La había engañado, había salido con otra chica y él no era nadie para darle clases porque también estuvo en ese club de amos y sumisas.

—Rosina, yo soy un hombre y sé defenderme, sé lo que quiero tú eres frágil, vulnerable, y cuando te raptaron... Mamá y yo...

—Mentiras, no mientas César, tal vez tú sí te preocupaste pero mamá... Mamá nunca me quiso ni le importa nada de mí. Hace años que voy a ese colegio y soporto que se burlen de mí, que me digan cosas horribles y siempre debía regresar. No volveré, estoy harta de hacer lo que me dicen, y de esta vida. Y si haces algo para apartar a Alessio de mí...

—Escucha, tranquilízate, no voy a prohibirte que lo veas, solo quiero avisarte, te va a lastimar, y tú, tú mereces mucho más, mereces a un joven de tu edad, que sea honesto y bueno.

César estaba furioso con todo ese asunto y sin perder tiempo fue a buscar a Alessio Balli, el amo demonio. Si no lograba convencer a su hermana al menos intentaría que ese cretino se alejara.

Lo encontró en su empresa, con una atractiva secretaria. Pensó que lo pillaría teniendo sexo con ella, era un cretino consumado pero no, estaba muy tranquilo hablando por teléfono. Allí estaba el amo diablo. ¡Vamos! Que había hecho de todo en ese club con las sumisas ¿y ahora cortejaba a su hermana? Una joven inocente y buena como Rosina, sin maldad, sin experiencia, ¿por qué?

Sus ojos oscuros lo vieron y se movió inquieto mientras se apuraba a cortar la llamada. —César, qué agradable sorpresa—dijo sin sonreír.

Él entró con paso rápido.

—No es una visita de cortesía.

Alessio se deshizo de su socio y de su secretaria, se preparaba para pelear porque sabía a qué había ido ese.

—Escucha, he venido a hablar de Rosina, no quiero que vuelvas a buscarla. Y si insistes en ese capricho deberé tomar cartas en el asunto.

Alessio sostuvo su mirada, imperturbable.

—¿Has venido a amenazarme? ¿Y qué harás si me niego?

César demoró en responderle.

—Tú sabes qué podría hacer, no te hagas el tonto, no me obligues. ¿Te gustaría que yo durmiera con tu hermana? Claro, olvido que tu hermana no es como la mía, Rosina tiene solo dieciocho años, y es una chica decente y vulnerable, sufrió muchos problemas en la escuela y tú solo estás haciendo esto para divertirte. No es justo, es una maldad y si no te alejas de ella... Pues tú sabes que legalmente podría complicarte las cosas.

—¿De veras? Haz lo que te plazca, le harás un daño a tu hermana, ella quiere estar conmigo, además siempre la he tratado con respeto. Y tú, dime, ¿has denunciado al cretino que molesta a tu hermana en el colegio? ¿Crees que yo soy el malo de la película? Ese es el problema, nadie se preocupa por Rosina, la dejan en ese colegio un montón de horas sin preguntarle siquiera si está cómoda, si es feliz allí. Hace años que unos cretinos se burlan de Rosina, la molestan y acosan, yo lo he visto. ¿Y crees que eso no es

importante?

César retrocedió.

—Fue mi madre quien insistió en mandarla a ese colegio, además, debe estudiar, ¿o quieres que sea tu sumisa a tiempo completo? No permitiré que le hagas eso, que la inicies en ese mundo sucio de látigos y humillación. Te conozco bien Alessio, sé bien lo que haces, no te importa nada mi hermana, y te mataré si la lastimas. Ella nunca ha estado con nadie, no tiene idea de las cosas que hacen los sujetos como tú.

—Escucha, yo no soy tan ruin cómo tú crees, y no terminaré con Rosina, me gusta y la quiero para mí. La quiero ¿entiendes? Y ella quiere estar conmigo. Recién estamos saliendo y no me apartarás de ella. No lo harás César. Yo cuidé de Rosina, cuando supe lo que planeaba mi primo y fue tu culpa, tú salías con la hermana de mi primo, tú sí la usaste para divertirte. Claro no eras responsable de su muerte, pero sí de usar a la hermana de un amigo, eso no fue muy leal ¿verdad? Ni tan decente. Yo no estoy usando a tu hermana, tengo una relación con ella, me gusta, siento cosas por ella, no voy a lastimarla, tú si lo harás si intervienes. Es su vida ¿entiendes? Deja de pensar que debes hacer de madre y padre, ya no es una niña, es una mujer y quiere estar conmigo. Tenemos algo muy bonito, recién está empezando, ¿por qué quieres hacer daño?

—Porque tú usas a las mujeres, y siempre tienes varias, te gustan las jovencitas y no te conformarás con una, nunca lo haces.

—¿Pensarás que soy como tú que tiene esposa y amantes para vencer la rutina? Tú no eres fiel a tu esposa y la quieres... Yo no tengo esposa y solo salgo con Rosina, puedes averiguarlo si quieres. No te miento. No fue sencillo buscarla, acercarme, lo hice porque tuvimos una historia durante la huida, y no necesitas decirme lo especial que es. Yo no soy un rufián, no le haría daño a una jovencita que ha sufrido como ella. Y tú deberías ayudarla en vez de venir aquí a amenazarme.

Discutieron. César no quería a ese tipo cerca de su hermana, al diablo con su palabrería barata, él conocía bien a ese hombre, habían compartido correrías en el pasado y siempre estaba con adolescentes de dieciocho, diecinueve años... le gustaban jovencitas, pero jovencitas avispadas. Su hermana no era así. Era tímida, vivía en su mundo, aislada, triste... Pocas amigas, y no salía con chicos.

Salió furioso del edificio, siempre había cuidado de Rosina y no podía soportar la idea de que se involucrara con un tipo como ese, no podía... Por más que prometiera casarse con ella en un caso extremo, no la haría feliz sino desdichada. Porque tendría otras y cuando se hartara la mandaría a paseo.

Y no podía hacer nada porque su hermanita menor lo había amenazado. Estaba muy enamorada, o encaprichada por Alessio y ahora...

Detuvo su Toyota último modelo color negro en la escuela secundaria. Hablaría con la directora y luego con su abogado, presentaría una queja contra ese fulano hijo de perra que vivía molestando a Rosina.

Estaba tan caliente con toda esa situación que al entrar preguntó a unas jóvenes por un tal Enrico Patti.

Una chica rubia de bincha blanca de baja estatura señaló a un grupo que jugaba al fútbol a la hora del recreo. Mirando todo estaba un joven muy alto, de cabello oscuro y ojos azules. Muy blanco y de expresión brabucona y soberbia. Había unas chicas a su lado pero él estaba pendiente del juego.

Se acercó y fue derecho a ese cretino para decirle un par de palabras.

—Así que tú eres Enrico Patti, el idiota que molesta a mi hermana.

El joven lo miró sorprendido, ¿quién era ese tipo?

—¿Tu hermana? ¿Y quién es tu hermana?

—Rosina Rieppi. ¿Te suena verdad? Escucha mocoso, estás algo crecido para estar en una escuela secundaria, debes tener más de veinte ¿no es así? Te daré una paliza si vuelves a molestarla, a decirle una sola palabra. ¿Te quedó claro?

—Ah sí, Rosina... La chica virgen... Ahora sale con un hombre que podría ser su padre, un viejo con un auto Nissan. ¿Por qué mejor no lo buscas a él? Al parecer tu hermanita ya no es la monjita que todos creíamos, ya tiene uno que le está enseñando. Yo no la toqué, no pude... y eso que le ofrecí una buena plata. Pobrecilla, nunca tiene dinero, su madre la manda a este colegio pero...

Tuvo ganas de darle una buena trompada, no lo hizo porque pensó que debía hacer algo más, hacer la queja, y luego denunciar a todo ese maldito colegio.

—Escucha miserable imbécil, no te daré una paliza aunque te la merezcas, solo vine a decirte que dejes de molestar a mi hermana, ella no regresará a esta mugrosa escuela pero si la ves en algún lugar, si de casualidad te cruzas con ella... si le dices alguna cosa sé dónde encontrarte, y te buscaré. Tendrás mucho dinero pero yo tengo amigos, amigos que conocen a otros amigos que le gustan los niños ricos como tú... y se divertirán bastante cuando te atrapen y te conviertan en su nena. Tal vez te agrade la experiencia, te gusta molestar chicas tímidas... veremos qué tal te va cuando la chica tímida seas tú.

Sus amigos rieron y Enrico se sintió tocado. Nunca antes le habían hablado así, no lo permitiría y cuando vio que ese hombre se encaminaba a la dirección lo atacó por atrás y lo golpeó. Tenía mucha fuerza y peleaba como un demonio. Nadie se atrevió a intervenir y César saltó como un resorte para defenderse.

No pudo con ese adolescente, y debieron intervenir para quitárselo de encima.

—Veremos a quién agarran de nena tus amigos, me parece que se divertirán más contigo—dijo Enrico burlón.

Tenía el labio roto y estaba agitado y furioso. Ese asunto no quedaría así.

César hizo la denuncia con su abogado y llamó a Rosina.

Debía tomar más decisiones y alejarla de esa ciudad por un tiempo. Su madre no estaba y él no podría cuidarla como debía. A menos que... no, su esposa no aceptaría, estaba muy nerviosa por su estado y no quería que nada le pasara al bebé.

—Rosina, escucha, he hablado con tía Amelia, será mejor que te vayas un tiempo de Florencia, he puesto una denuncia y no quiero que ese tipo se acerque siquiera a ti. Es un cretino hijo de puta. Le di una buena paliza en el colegio, se lo merecía pero no quiero que esto te perjudique Rosina.

No le dijo lo que pensaba realmente para no asustarla, había hecho todo, hablado con sus tíos y se la llevarían un tiempo a Florencia, allí todo era más tranquilo. Nadie sabría. Y la alejaría de ese otro problema igualmente peligroso: Alessandro Balli.

Sin embargo su hermanita tenía otros planes, no quería irse de la ciudad sin avisarle. Alessandro debía saber. Su hermano había dicho que debía ir y debía hacerlo, no le pesaba dejar la ciudad, al contrario, solo dejarlo a él.

—¿Te irás mañana, preciosa? ¿A Florencia? Pero eso queda muy lejos...¿y cuánto tiempo te quedarás?

—No lo sé, hasta que mi madre regrese, en unas semanas... Mi hermano no me dijo, es

porque fue hoy al colegio y golpeó y amenazó a Enrico. Teme que haya represalias, que intente hacerme algo...

—¡Qué bien! ¡Arma el lío y te manda lejos! Oye Rosina, no puedes ir a esa ciudad sola, aguarda, pensaré en algo.

—No, no hagas nada... él está enojado porque salgo contigo y como soy menor puede acusarte, dirá que tú me raptaste.

—Aguarda Rosina, debemos hablar esto personalmente. Terminaré en una hora, te llevaré a dar una vuelta y...

Ella aceptó encantada.

No quería marcharse tan lejos, habría deseado quedarse con él pero no podía ser, era muy pronto y no quería apresurar nada.

Corrió a darse un baño, a perfumarse súbitamente animada porque sabía que lo vería. No deseaba separarse de él ahora cuando recién empezaban a salir. Cuando le interesaba alguien y ese alguien correspondía a su interés.

Pensó en Enrico, en otro tiempo él le había gustado, durante años había estado boba con él por ser tan guapo y algunos años mayor pero luego comenzó a temerle. Era malo con las chicas, no sabía por qué, si por algún trauma de infancia o...

Luego lo odió, cuando empezó a molestarla, a burlarse de ella y ahora le temía, no quería ni siquiera cruzarse con él, quería irse de esa ciudad, comenzar una nueva vida.

Se sentía feliz, por primera vez tenía planes, y sabía que él lo era todo para ella. Y con gusto se habría fugado y en vez de ir a Florencia se habría mudado a su apartamento pero no podía hacerlo. Lo principal era alejarse de la ciudad y de Enrico.

No creía que él le hiciera nada, tendría otras chicas a molestar.

Él aguardaba abajo, tembló al verlo, ¿cómo diablos podría marcharse sin él?

Alessio se acercó y la besó. Era tan maravilloso sentir sus besos, su abrazo.

—¿Cómo estás, chiquita?

—Mal... No quiero ir a Florencia, mi hermano... Él quiere enviarme a esa ciudad porque mi tía dijo que... Ya no soy una niña para que dispongan de mí, para que me pasen de balón de un sitio a otro.

Él entendía pero no podía hacer nada, su hermano lo había amenazado por todo ese asunto del rapto y seducción y mientras daban un paseo por la ciudad se lo dijo.

—Me encantaría llevarte, cuidar de ti preciosa pero eres tan joven y tú hermano... Tú sabes todo lo que pasó, la forma en que nos conocimos. Ten paciencia, escucha, Florencia no es tan lejos, podremos vernos si quieres...

La joven lloró, no, no resistiría separarse, ¡lo amaba tanto! Estaba loca por ese hombre y ahora que se habían encontrado no quería...

Él acarició su cabello con suavidad y la besó.

—No llores, por favor, ten paciencia, luego... No renunciaré a ti, si lo que tenemos es como siento y como creo que es preciosa, volveremos... Espérame, yo buscaré la forma...

Esto no es un adiós Rosina, no lo es. Pero comprendo que debes alejarte de aquí, ir a otra escuela, hacer nuevos amigos, viviste un infierno y estuviste muy sola en ese infierno. Y además, estaremos en contacto, iré a verte, te llamaré.

Ella secó sus lágrimas.

—Lo dices para consolarme, pero tú tienes miedo, y yo entiendo que mi

hermano... Él dijo que podía meterte preso y que lo haría si te acercabas a mí. Yo te amo Alessandro, es verdad y por eso entiendo que... No puedes acercarte a mí, no debes hacerlo, odiaría que él...

—Eso no es verdad, no es por tu hermano. Escucha, si tú quieres venirte conmigo nada ni nadie te lo impedirá pero eres muy joven tienes dieciocho años y yo veintinueve. —¡Soy mayor de edad!

—Lo sé pero escucha, ten paciencia, termina tus estudios y luego, luego podremos... Ven, vamos a cenar, no llores, esto no es el final, te lo prometo, quiero estar contigo, cuidarte pequeña. Ven aquí...

Rosina no quería ir a un restaurant, quería ir a su apartamento, que le hiciera el amor y se lo dijo. Tuvo tanto miedo de que fuera la despedida, de que no volviera a verlo. Quería quedarse en sus brazos, y estar siempre juntos, pero era prematuro. No podía pedirle eso, apenas comenzaban a salir, era precipitado.

El cambio de aires le hizo mucho bien, su hermano la acompañó hasta la estación de tren y le preguntó si había visto a Alessio con expresión sombría. No le respondió, estaba furiosa. Quería quedarse allí, solo para estar con él pero era una adolescente, una niña grande que era una molestia para todos.

Luego de llorar todo el viaje suspiró. Florencia aguardaba, había llegado tan rápido en el tren. Su tía estaba allí y su sonrisa la animó. Era alegre y siempre estaba haciendo cosas. No trabajaba, vivía de una pensión de su marido y de una renta. No era rica pero tenía su buen pasar.

—Rosina, ¡cómo has cambiado, qué bella te has puesto!

Ella siempre le decía que estaba preciosa, jamás le habría dicho que había engordado unas libras porque era educada y además optimista. Todo estaba bien, todos eran buenas personas y nadie era gordo ni viejo ni...

—Estás preciosa, ¿y ya tienes novio? ¿Qué tal los chicos? Se pelearán por ti, ya verás...

Luego de los primeros días le dijo que la había anotado en una nueva escuela, era un colegio religioso de la orden salesiana, mixto. ¡Qué alivio!

Alessio la llamó al día siguiente y ella le contó que el colegio era muy bonito, que todos eran muy amables pero que extrañaba Milán.

Lo extrañaba a él.

Iría a verla, se lo prometió, en unos días...

Su hermano y su madre también la llamaron para ver cómo iba todo en el nuevo colegio.

Nadie la conocía y nadie la llamaba gorda, y había chicas mucho más gordas que ella, y eso la reconfortaba y alegraba. Siempre se había sentido la más rolliza de su anterior escuela y ahora...

Sin embargo no podía concentrarse, su cabeza era como un nido de grillos, un lío bárbaro. Como si no tuviera paz. Pensaba en Alessio y lloraba y se deprimía teniendo la

sensación de que no volvería a verlo. Se moría por estar con él, estaba enamorada y no le interesaba estudiar ni...

Su tía era amorosa, y divertida, salía con sus amigas, y no tenía de qué quejarse. Tenía una preciosa casa frente al Ponte Vecchio pero nada podía animarla. Volvía a estar deprimida. Había dejado los anti depresivos y la terapia, pensó que no los necesitaría y en verdad que no quería hacerse adicta a esas cosas. No estaba deprimida, solo que extrañaba a Alessio y a sus amigas...

Chiara la llamó al día siguiente.

—Rosina, ¿te fuiste sin decirnos nada! Hace días que te llamo a tu casa, que espero verte en el face y nada... ¿dónde estás?

—En Florencia, en casa de mi tía Amelia, ¿no te dije nada? Es que fue todo muy rápido y... Enrico.

—¿Qué pasa con Enrico?

Rosina lloró.

—Quiso que durmiera con él, que me pagaría bien si lo hacía, que necesitaba el dinero porque...

—Bueno cálmate, ya pasó eso. ¿No te habrás ido por él? Pero Rosina, es un imbécil, ignóralo. Te extrañamos Rosina, regresa. La escuela es un bodrio, pruebas, pruebas... Uff, nos mandan tanto estudiar que a veces creo que me va a reventar la cabeza.

—Chiara escucha, no digas a nadie que estoy aquí ¿entiendes? No quiero que él me busque ni... Tengo miedo, quiero estar tranquila, en el colegio donde voy nadie me molesta y me miran... Hasta creen que soy bonita.

—¡Vaya, qué suerte tienes! Pediré que me cambien. Escucha, no te persigas, ese idiota siempre tiene alguna que se lo haga, no te buscará, además hubo mucho revuelo en el colegio por la denuncia que presentó tu hermano, ¿sabías?

—¿Denuncia? Entonces...

—Sí, presentaron una denuncia por bullying, ¿no sabías? Pero a Enrico no le harán nada, su padre tiene mucho dinero, les echarán el muerto a otros como siempre hacen.

Rosina se angustió, no le gustaba nada ese asunto. Quería recomenzar y olvidar, dejar atrás ese pasado.

El fin de semana él fue a visitarla. Tembló al verlo: estaba allí, en su auto, tan guapo y seductor con sus jeans, remera blanca y lentes negros. Sonrió al verla y fueron a dar un paseo por la ciudad.

—¿Cómo te ha ido preciosa, qué tal la escuela?—le preguntó.

—Bien, son católicos, salesianos y muy amables, educados. No son como los chicos del otro colegio, afortunadamente.

—Qué bueno y dime, ¿es tranquila la ciudad? No te han molestado ni...

Ella se sentía a salvo.

—Aquí es otro mundo, no hay tanto estrés ni... Está lleno de artistas callejeros, turistas. Era un lugar alegre, pero ella solía sentirse triste a veces, no como antes pero...

Luego de ir a cenar, más tarde en un hotel no tuvo tiempo de desvestirse, sus besos la atraparon y sus brazos le recordaron que era suya. No quería estar con ningún chico, lo quería a él y se lo dijo entre lágrimas mientras la desnudaba y la llenaba de besos entrando luego en ella con desesperación.

Extrañaba su estrechez, su calor... De pronto notó que volvía a estar cerrada y se asustó, algo pasaba...

—¿Te duele preciosa?—le preguntó con ansiedad.

Ella lo negó “solo un poco”... Una pequeña molestia. Él sonrió y la besó y la penetró un poco más, con mucha delicadeza. Rosina lloró, quería ser suya y conocer el sexo en sus brazos, en su cama... Quería entregarse a él en cuerpo y alma y complacerle, ser la única...

—Tú no tienes que cambiar preciosa, sé tú misma, no voy a pedirte nada—le susurró.

Le gustaba como era, tímida, dulce y adoraba entrar en su preciosa y pequeña vagina rosada y sentir que lo apretaban con fuerza. Su cuerpo, sus caricias tímidas, su dulzura... Pero ella quería aprender, quería que la despertara, que le enseñara esas cosas que tanto le gustaba hacer con otras.

—Chiquitina, tú no eres como las otras, eres mi virgencita adolescente y no quiero cambiarte, ni que cambies, sé tú misma siempre...—le susurró mientras lo hacían de nuevo.

Rosina lloró emocionada, lo amaba y quería ser solo suya una y otra vez.

Era feliz, en sus brazos el mundo era un lugar maravilloso lleno de luz y calor, de amor.

Pasaron el fin de semana juntos.

Se vieron el fin de semana y luego, comenzaron a verse cada vez más a menudo.

Una noche lo hicieron cinco veces, ella siempre quería, disfrutaba cada caricia, cada beso y lentamente comenzó a despertarla. Lo amaba, estaba loca por él y siempre lloraba cuando lo hacían, cuando debían separarse.

Iban muy rápido y lo sabía, pero no le importaba, estaba enamorada y quería vivir ese tiempo juntos, como si el mundo fuera a terminarse.

Sus calificaciones eran regulares y su tía la había sermoneado, en realidad habían sido generosos con ella, pues había hecho poco y nada. “Debes estudiar más y dedicarte menos al amor Rosina” le decía.

Tenía razón. Pero no le importaba, no le importaba nada, solo estar con él... Hacía tiempo que el estudio había dejado de interesarle, no lograba concentrarse, y ahora, ¿cómo podía hacerlo si estaba enamorada?

Se vistió con prisa y se preparó para la cita de esa noche. Quería estar bonita, verse bien... De pronto se vio más delgada y bonita, debía ser el amor, porque dieta no había hecho. Tal vez su cuerpo había cambiado esos meses o... La percepción que tenía de él. Lejos de esos cretinos que la molestaban lograba verse como una joven normal.

Cepilló el cabello y se puso unos broches al costado, luego cambió de idea, a él le gustaba suelto.

Estaba temblando, tenía una nueva vida y era feliz, estaba tranquila. Su madre la había llamado anoche para pedirle que regresara a Milán. Al demonio, no regresaría nunca, se quedaría allí para siempre.

“Tu hermano tuvo familia” dijo de pronto.

“¡Querrás decir que su esposa tuvo a su bebé, mamá!” la corrigió.

—¡Sí, por supuesto! Es precioso, ven a verlo, es un bebé tan hermoso y regordete. Quién iba a creer que de una joven tan magra saldría un bebé tan saludable—aseguró.

Ella rió. Sí, a veces su madre tenía esas frases que la hacían reír. Pero su cuñada no era tan magra, era delgada, pero magra era una exageración.

Rosina llamó entonces a su hermano para felicitarlo.

Él preguntó cómo estaba.

“Bien, muy bien”.

“Sigues con ese sinvergüenza ¿verdad? Lo mataré si te hace algo Rosina, te lo juro”.

“¡Deja de decir esas cosas! Soy adulta y no puedes prohibirme nada, menos tú que estabas en esos lugares donde castigaban a las chicas. Ahora te haces el respetable, ¿verdad? Deja de interferir, él me quiere y yo también lo amo.”

Recordó esa conversación y lloró.

Alessio nunca la había atado ni le había hecho esas cosas horribles, al contrario, era tan tierno, tan suave en la cama. Decía que ahora era vainilla y le gustaba, porque le gustaba mucho hacerlo con ella. Y ella estaba locamente enamorada, tal vez más que él, pero eso siempre ocurría... Y confiaba en él, era su hombre, no iba a lastimarla ni...

Secó sus lágrimas. Su familia siempre la hacía sentir poca cosa, todos querían aprovecharse de ella, nadie podía amarla. ¡Maldición!

El sonido del timbre la hizo sonreír de nuevo, era él, Alessio, había ido a buscarla. Tomó su cartera y corrió entusiasmada, él la abrazó y besó con fuerza.

Fueron a tomar un helado, hacía mucho calor y mientras paseaban se le acercó una chica de aspecto algo extraño. Parecía una gata, muy pintada y con ropa ajustada. Alessandro la saludó con cierta frialdad, parecía incómodo y la mujer no dejaba de mirar a Rosina intrigada.

Cuando estuvieron a solas le preguntó quién era.

—Una chica con la que salía antes—respondió él mirándola con intensidad.

Rosina se sonrojó.

—¿Y ya no sales con otras chicas?—insistió. Era la primera vez que le hacía esa pregunta y temía la respuesta.

—Ya no preciosa, solo contigo—dijo y tomó su mano y la besó. Casi una declaración de amor. Ella sonrió emocionada y esa noche luego de hacer el amor la invitó a pasar una semana con él a Francia, no le gustaban las playas pero hacía calor, tenía unos días libres y quería que lo pasaran juntos.

Rosina aceptó encantada, y se encerraron en un castillo dos semanas. Fueron días maravillosos, días que nunca olvidaría y lentamente sus sueños de estudiar y prepararse fueron reemplazados por el deseo de estar con él y ser su mujer. Vivir juntos. Soñaba con eso, sabía que vivían lejos, lo extrañaba y sabía que luego en el invierno él debía viajar a Suiza por unos negocios.

Llevaban días, semanas, meses durmiendo juntos y nunca era suficiente, y el solo pensamiento de separarse la enfermaba.

—Rosina, debemos hablar—dijo una noche luego de hacerle el amor.

Ella lo miró con el corazón palpitante. Tuvo miedo, un sudor frío la envolvió, hacía días que se sentía mal, cansada y angustiada pensando en la separación, en ese viaje...

—Debo quedarme en Suiza un tiempo más del que pensaba, pero volveré, volveré y veremos la forma... Sé que quieres acompañarme, pero tú... Eres muy chica todavía, muy jovencita y no quiero... Me encantaría que viviéramos juntos pero temo que no resulte y luego, me dolería más estropear esto tan bonito que tenemos.

Ella lloró, siempre lloraba, era como una niña, insegura, sensible y muy llorona, por momentos parecía madura, y era una chica sensata, inteligente pero sabía que tarde o temprano eso pasaría.

—Quieres que terminemos ¿verdad?—no lloraba pero sus ojos, sus ojos le decían todo. Se moriría si la dejaba, estaba seguro, si no se mataba moriría por dentro.

Maldición, él sintió lo mismo, no quería separarse de su chiquilla, adoraba su cuerpo y también la adoraba a ella, era suya pero no lo pensaba por haber sido el primero, sino porque parecía hecha a su medida.

—No, yo no dije eso preciosa, ¿por qué piensas que quiero terminar? Estamos bien juntos, no quiero que se termine, deja de pensar que siempre te pasarán cosas tristes, debes aprender a tener más confianza en ti. Se termina cuando ya no hay ganas de estar juntos, cuando la rutina o algo más destruye el amor que nos tenemos pero eso no pasará, yo no quiero que pasé y haré todo por evitarlo, entiendes. No eres solo mi chica, mi novia, eres mi amor y sabes que no miento.

Ella se acercó y lo besó.

—Entonces te pido que me lleves contigo, prometo ayudarte, trabajar en lo que pueda, no voy a molestarte ni... No voy a poder vivir sin ti tanto tiempo Alessio, ¡por favor!

Él acarició su rostro.

—Pero estaré allí unos meses, es un país extraño...

No quería llevarla y no era educado insistir.

Era una prueba que le ponía el Señor, eso diría su tía filosóficamente días después.

¡Era una prueba que le ponía el diablo, el señor no sería tan cruel!

Regresó a las clases, a la escuela y se preguntó si en suiza él le sería fiel. No creía que lo fuera, era un hombre muy guapo y sensual.

Y ella seguía siendo una chiquilla inmadura de dieciocho años.

Su nueva amiga Lucia insistió en que debía salir para distraerse.

—Antonio sigue esperándote, vamos.

—Tengo novio y lo amo, no voy a meterle los cuernos, ¿sabes?

Ella la miró con una sonrisa.

—¿Y tú crees que él te será fiel? ¿Eres boba o qué? Ningún hombre aguanta tantos meses sin meterla, no puede, se vuelve loco ¿entiendes?

Ella lloró y Antonio apareció poco después. Era un chico guapo, católico, agradable, tenía unos ojos castaños tan tiernos. Pero no quería nada con él por supuesto, quería a su novio, su hombre. Su amo demonio y en esos momentos estaba tan triste y desesperada que habría dado la vida por verlo, ¡lo extrañaba tanto!

—¿Qué tienes? ¿Te sientes bien?—preguntó Antonio.

No, no se sentía bien, lo extrañaba y esperaba que la llamara, que la buscara, su celular estaba apagado.

Nada tenía sentido sin Alessandro, los días eran eternos y no era capaz de concentrarse en nada.

Pilló una gripe y fue la excusa perfecta para no ir a la escuela ni estudiar.

Y un día mientras se recuperaba su tía entró con los ojos muy brillantes y la miró. Tenía visitas.

Pensó que era su madre, a veces iba a verla para contarle cosas y ver cómo estaba.

Cuando la puerta se abrió y apareció Alessio pensó que se desmayaría. No podía creerlo, era él, recién había llegado con un jean, un buzo y una campera, estaba tan guapo pero se veía distinto, sin afeitar...

Parecía una visión, un sueño. Sus ojos se nublaron de la emoción y trancó la puerta cuando se quedaron a solas. Había regresado antes de lo previsto, lo había hecho...

—Me moría por verte preciosa—dijo y la abrazó, la besó y secó sus lágrimas.

Nunca más volvería a separarse de su chiquita, todo el tiempo había temido... Estaba desesperado, jamás pensó que...

—Pero nunca me llamaste, ¿qué pasó?—la voz de Rosina se quebró.

Había perdido el celular con todos los teléfonos, y lo había pasado fatal, deshizo el negocio y se vino.

Ella estaba engripada pero al verle revivió. Había temido tanto perderlo y luego de trancar la puerta hicieron el amor así a las apuradas. Él se moría por sentir su adorable vientre estrecho, tan apretado, era suya, su chiquilla y por un momento temió que uno de esos chicos de la escuela pudiera robársela. Rosina gimió y volvió a llorar. Quería irse con él, dejar todo, le rogó que nunca más la dejara sola.

Él la apretó contra su pecho y la abrazó con mucha fuerza.

—Nunca más me iré preciosa, lo prometo, y si lo hago, te llevaré conmigo.

Rosina, mi amor, he venido a llevarte... cuando te recuperes preciosa, ahora estás con gripe...

Rosina dijo que iría igual, no quería separarse de él.

Él sonrió y la besó, debía vestirse, su tía Amelia podía llegar y verla así, medio desnuda. No le importaba pero él insistió, no quería que lo acusaran de abusar de una chica menor, no conocía bien a la señora, decían que era artista pero...

Había regresado, estaba allí, había temido que...

—Pensé que me habías abandonado, que ya no querías seguir conmigo y no querías lastimarme—le confesó días después cuando se hubo recuperado y estaban cenando en un restaurant.

Él sonrió y la miró con ternura y le entregó un presente, un collar que decía “mía” y su nombre y un anillo de brillantes.

Rosina tembló mientras le colocaba el anillo porque se imaginó una boda en el futuro y niños, una vida junto a él...

—Te amo Rosina, pero sé que eres muy joven para mí, apenas has roto el cascarón y quiero que sepas... —parecía costarle escoger las palabras adecuadas—Que cuando estuvimos juntos, que cuando te busqué en Florencia nunca hubo otra chica... Antes salía con chicas, no tenía un compromiso, ni quería tenerlo. Cuando te conocí pequeña era el amo demonio pero ya no lo soy, no me interesan esos juegos, quiero estar contigo... Ser una pareja, vivir juntos si quieres...

Ella aceptó emocionada, claro que quería, no podía creerlo, lo había deseado tanto...

—Pero no viviremos en Milán, sé que allí no eras feliz y no quisiera que nadie te molestara, ni que pasaras encerrada en casa para no ver a ninguno de tus amigos. Y como

eres menor deberás pedir permiso a tu madre, y aguardar...

Vivirían en Turín, no importaba, habría ido al infierno con él, estaba enamorada y él también la amaba, era como un milagro, le costaba creerlo, hacerse a la idea... Nunca se había sentido amada ni aceptada y ahora... Casi tenía miedo de ser tan feliz, de que esa felicidad fuera suya.

Pero él no le había dicho toda la verdad, no se atrevió a hacerlo. Él también temía perderla aunque siempre se mostrara muy seguro de sí. Pensó que todo estaría bien si estaban juntos... quería dejar su pasado atrás, sus correrías, y las sumisas que un tiempo lo tenían muy contento en la cama. Era solo sexo y lo había explorado, había tenido una vasta experiencia como amo demonio pero ahora quería un cambio, necesitaba un cambio y realmente no quería volver atrás ni seguir con eso. Dejarlo fue parte de dar un paso más adelante, y cuando comprendió que no podía vivir su colegiala y que ella también lo amaba decidió olvidarlo, dejarlo ir.

Por esa razón también se mudó de Milán y vendió su apartamento donde tenía todos esos juguetitos eróticos de amo. Él seguía siendo un amo y pensaba como tal, por eso siempre tenía todo bajo control y la tenía a ella, su novia, suya, como si fuera su princesa sumisa, la que siempre había soñado. Solo que era una colegiala y le faltaba madurez, pronto comprendió que no siempre le hacía caso. Sin embargo en la intimidad había madurado, ya no era la niña tímida que temía entregarse a él, el tiempo la había convertido en una mujer apasionada que sabía dar y también se dejaba llevar y lo complacía en todo, siempre... se entendían perfectamente y le daba todo lo que quería, pero en la vida diaria no era tan complaciente.

Pero eran felices, la tenía en casa y por primera vez estaba ansioso por regresar del trabajo y reunirse con ella. Rosina lo esperaba con ropa ligera porque sabía que lo harían, él se lo había pedido y ella lo esperaba ansiosa...

Un día sin embargo, meses después la jovencita no lo esperó como siempre y se inquietó. La llamó y ella le respondió con voz débil. Se asustó, por un momento pensó...

Estaba llorando tendida en la cama, alguien le había enviado un sobre con las fotos y le había escrito una carta contándole todo. Sabía quién había sido. ¡Maldito hijo de puta!

Ella estaba herida, confundida y tan deprimida que no podía moverse, no podía entender nada de lo que significaban esas fotos ni esa horrible carta...

Él tomó las fotos y las rompió en pedazos.

—Tranquila chiquita, deja que te explique por favor, no llores... Nunca te he mentado, sabes que te amo ¿verdad? Cálmate preciosa, deja de llorar.

—¿Tú hiciste esto para vengarte de mi hermano por lo que le hizo a esa chica que era tu novia?

Él la miró con fijeza.

—No fue así, mi primo fue quién quería vengarse y me envió fotos tuyas con poca ropa. Y esa noche... La noche que te conocí me hizo creer que tú... querías iniciarte en el bdsm, yo sabía que... no era correcto pero me gustabas y entré como un estúpido. Iba a decírtelo, quise hacerlo pero no tuve valor, valor no es la palabra, sabes que no soy un cobarde y que siempre fui sincero. Cuando te dije te amo era lo que sentía, cuando te propuse vivir juntos era porque no podía vivir sin ti pero eras tan joven y yo... Soy un hombre entiendes y entonces me sentí como un abusador de adolescentes, no me sentía cómodo ni luego cuando supe la verdad, que mi primo me había tendido una trampa te cuidé preciosa, te protegí, siempre he cuidado de ti. Y esas fotos, no sé quién las sacó ni

para qué pero es el pasado, nunca te lo he ocultado.

Ella secó sus lágrimas y lo miró.

—Tú nunca quisiste hacer esas cosas conmigo, pero las hacías con otras chicas y te gustaba ¿por qué entonces, acaso crees que soy una niña para ti?

—Ya no lo eres preciosa, eres una mujer y me gusta lo que tenemos juntos, es diferente, es... Es lo que deseo y quiero ahora. Antes de meterme en esas prácticas era vainilla y no me molesta serlo de nuevo, pero lo que hacía con esas chicas era por probar otra cosa, por buscar placer así y... Era solo placer, no había afecto ni había algo más, solo sexo. Y no pienses que porque no practico bondage ahora no disfruto porque te equivocas, me gustó hacerlo contigo desde las primeras veces, adoro cada rincón de tu cuerpo preciosa y disfruto hacerlo así, con amor, ternura, suavidad y también...

La envolvió entre sus brazos y dejó que llorara, era suya, le pertenecía, era su mujer maldición, tan suya como no lo había sido jamás ninguna otra. Porque la amaba y porque cuando hacían el amor eran uno solo y lo disfrutaba y se lo dijo.

Rosina secó sus lágrimas y lo miró.

—Yo te amo y quiero darte todo Alessio, si quieres atarme no me importa, hazlo, pero estas cosas no... no podría soportarlas, nunca he soportado el dolor.

—No voy a hacerte nada Rosina, estás atada a mí porque me amas y no necesito sogas ni una mazmorra, al principio sí, me moría por atarte pero luego, quise disfrutar otras cosas contigo, cosas que casi había olvidado... cuando lo hacía al comienzo disfrutaba de sentir el cuerpo de una mujer y su sexo apretando el mío y eso fue lo que más me gustó cuando lo hicimos y aún ahora, estás hecha a mi medida, eres perfecta y lo sabes, sabes cuánto disfruto hacerlo y que vivas para amarme... siempre quedas tan cansada...

Él la amaba, ella lo sentía cuando le hacía el amor, cuando la miraba así, con tanta ternura. Al demonio esas fotos, esa horrible carta y la llamada de esa chica que dijo ser su antigua sumisa. Él había dejado esa vida, esas prácticas salvajes, era suyo ahora y la amaba...

Moriría si la dejaba o si descubría que todo había sido una cruel venganza. Era tan vulnerable, tan tierna y él lo sabía, por eso tardó en decidirse, en buscarla, no quería lastimarla, no era un malvado. Podía tener sexo en otra parte, chicas de esa edad y también mayores, pero ahora la quería a ella.

Rosina lo besó y se entregó a él casi con desesperación, maldita carta, malditas fotos, al diablo todo, alguien quiso perjudicarlo pero no lo había conseguido, ella nunca lo dejaría... era suya y lo sería para siempre.

Días después él le confesó que varias veces había querido decirle la verdad pero temió...

—Disfruto haciendo el amor contigo, mucho más que antes, y soy sincero... Cuando hay algo más que sexo y atracción, tú me entiendes pequeña, sabes lo que quiero de ti.

Era suya, su princesa, y sentía un placer inmenso al saber que siempre sería suya, que nadie la había tocado ni la tocaría jamás. Él la había guiado por los caminos del placer, la joven se había resistido pero luego, lentamente se había abierto, pero siempre había disfrutado, desde la primera vez que entró su vientre estrecho y tibio.

Él jugaba a ser su amo, lo era en realidad, sin cuerdas, sin azotes y sin la mazmorra que tanto la asustaba. Su vida era complacerle, su única voluntad amarle y

someterse a él en cuerpo y alma.

Tres años después se casaron, en una ceremonia sencilla y se fueron de luna de miel, pero él era algo reacio a tener hijos. No porque no le gustara la idea de ser padre, no quería compartirla a ella con nadie, ni siquiera con un bebé indefenso y tierno.

Quería ocupar su corazón, su mente, su alma entera, no podía haber nadie más.

Por eso era tan cuidadoso al respecto.

En ocasiones ella fantaseaba y le pedía un bebé, pero él no la complacía en eso, le decía que sí, que más adelante tendrían un hijo pero vigilaba que tomara las píldoras y le daba las mejores, las más efectivas.

Sabía que en un futuro su insistencia por tener un hijo suyo sería más firme, que le suplicaría y lloraría para que la dejara preñada pero por ahora eso no le quitaba el sueño. Le gustaba sentarla en la mesada de la cocina y follarla sin parar antes de la cena, o a media mañana devorar su sexo hasta saciarse y pasar los sábados de noche abrazados, mirando una película hasta que se aburrían y comenzaban a jugar...

Sabía que su paraíso terminaría si aparecía un bebé llorón y dependiente 100%, así que mejor esperar.

Pero ella se volvió insistente, quería un bebé, un varoncito que fuera igual a él, un bebé a quien adorar y cuidar... Los niños eran la alegría del hogar, la razón del matrimonio...

No había manera de explicarle que él se había casado porque la quería a ella sola, sin niños, a ella sola, por entero. Rosina no imaginaba que él fuera así, tan celoso.

Hasta que un mes después, durante unas vacaciones en Grecia ocurrió, ella le confesó que estaba embarazada y estaba tan radiante y feliz que se sintió mal. No quería un bebé y de pronto pensó que le había hecho trampa. Hasta que ella misma dijo que tal vez fue porque cambió de pastillas, compró otras cuando se fueron de viaje, en Grecia no había las pastillas que quería y probó con otras...

¡Malditas pastillas extranjeras! Tal vez no fueran ni pastillas...

Cuando poco después visitó al ginecólogo le dijo que esas pastillas habían sido quitadas del mercado de Italia porque muchas mujeres se quedaban embarazadas con ellas. Rosina rió pensando que todo era una broma divertida, y que jamás olvidaría las vacaciones de Grecia.

Él la acompañó al médico y estuvo pendiente de su salud, no estaba feliz ni contento, estaba molesto pero lo disimulaba, no quería herirla ni... Había sido un descuido, no fue planeado, no lo engañó, simplemente compró pastillas que no servían más que para quedarse preñada...

Como tanto temía el sexo menguó, y más que marido se convirtió en su amigo, en su enfermero, todas las mañanas despertaba sintiéndose mareada, con náuseas... ese pequeño complicaba la vida desde el comienzo.

Luego cuando lo hicieron, semanas después... pues había que tener cuidado de no hacer daño, ella se lo rogó, parecía asustada. "No le hagas daño a la bolsita, mi bebé, por favor" le rogó y fue... No fue como antes ella tenía miedo de dañarlo y le llevó semanas superar ese miedo y entregarse a él por completo.

Luego fue él que tuvo miedo cuando su vientre comenzó a crecer y lo vio en las primeras ecografías en 3 D, temía por ella, el parto era algo de riesgo, la visión de las embarazadas con sus vientres inmensos le daba vértigo, y cuando el suyo creció comenzó a dormir mal, a sentirse nervioso, irritable.

La llegada de su hijo era inminente, Rosina tenía diecinueve años, era tan joven

todavía, tan niña en algunas cosas, un hijo era una gran responsabilidad. Temía que algo le pasara, lo enloquecía pensar que...

—Es un varón, ¿lo ves? Yo lo sabía, es un varón mi amor y será igual a ti—dijo ella.

Él sonrió y la abrazó, en otras ecografías no se había visto pero ahora sí, en el séptimo vez el peque decidía mostrarse. Todo estaba bien, era un niño saludable, y eso era bueno pero estaba muy ansioso y le molestaba que ella viviera pendiente de ese bebé y no se atrevía a pensar cómo sería su vida con un pequeñito llorando todo el día reclamando atención de su madre a cada instante.

Una niñera, conseguiría una buena niñera, no dejaría que ese bebé consentido llorara todo el día como un marrano y nada lo conformara.

Jamás imaginó que semanas después lo llamarían al trabajo para avisarle que su esposa había roto la bolsa y estaba internada de urgencia y que el niño nacería antes de tiempo.

No había una razón que explicara el por qué, luego dijeron que la bolsa que lo cubría había sido rota y que esto precipitó el parto y el nacimiento porque no pudieron retenerlo dentro del vientre.

Fue ingresado en el C.T.I de inmediato, ella lloró al enterarse y durante días estuvo angustiada, triste y él no se movió de su lado.

El pequeñín era muy chiquito, no tenía mucha carne y su piel estaba arrugadita, toda la ropita le quedaba grande pero las enfermeras lo cuidaban bien y lo alimentaron en la incubadora. No podía respirar por sí mismo y su estado era crítico, lo sabía.

Mientras lo observaba se sintió atormentado, él no había querido que naciera y era... Parecía un castigo porque los médicos dijeron que el futuro de su hijo era incierto. Podía vivir, pero si pillaba una infección, si su corazón fallaba...

Rosina estaba tan angustiada que no hablaba, iba a verlo y sufría cuando debía dejarlo, no era lo que había soñado, quería tener a su bebé en brazos, poder llevarlo a casa, alimentarlo...

Rezó en silencio, lo hacía a menudo y un día le pidió que rezara.

—No soy creyente preciosa, no sé rezar—confesó él. Pero tomó su mano y le dijo “se salvará preciosa, es mi hijo, es fuerte”.

Debía animarla, decirle esas cosas porque no quería que se derrumbara ni quería pensar en la terrible posibilidad de que no fuera verdad y que ese pequeñín que luchaba por vivir se quedara por el camino. Sería demasiado cruel, él no quería que ocurriera, amaba a ese chiquito, era su hijo, su sangre y su pobre esposa sufría tanto y estaba desesperada. Lo estaba, día tras día lloraba y se derrumbaba porque la posibilidad de perder a su bebé la volvía loca.

Sus amigos llamaron, aparecieron, su madre, su hermano, todos se acercaron en esos momentos tan difíciles pero él fue su apoyo, su presencia era lo único que le daba consuelo.

—Es igual a ti, es como lo soñaba Antonio, tan parecido... siempre soñé con tener un bebé igual a ti Alessio, sé que fue un descuido que tú no querías... No sé por qué, no querías un bebé pero... Dicen que los bebés siempre vienen cuando menos lo esperan y es un ángel, un angelito tan igual a ti, porque es fruto del amor que siento por ti, es el hijo del amor...

Sus palabras lo conmovieron, ella sabía que no lo había deseado y tal vez sospechaba

que no lo había hecho muy feliz la noticia, pero estaba tan triste, y sin embargo se esforzaba por no caer, por no derrumbarse, todos los días iba al hospital, deseaba estar allí y quedarse pero no la dejaban quedarse demasiado.

A veces despertaba agitada, y siempre lloraba, solo él sabía el terror que estaba viviendo, porque él también lo sentía.

Lentamente iba ganando peso, luchaba, se prendía del biberón con fuerza y desesperación, hambriento, lo conmovía verlo, su hijo, tan pequeñito, luchando por vivir. Había muchos prematuros que esperaban llegar al peso adecuado para poder irse, otros tenían otros problemas, pero el suyo estaba bien, pero todavía no estaba fuera de riesgo, todavía no podían llevárselo.

Rosina lo miró y él se acercó a abrazarla. “Se salvará preciosa, ya verás, es fuerte, y está luchando, él también quiere ir a casa, debe estar harto de esa incubadora” le susurró.

Estaban viviendo una angustia espantosa, ella intentaba ser fuerte pero a veces sentía que se quedaba, que iba a derrumbarse en cualquier momento, no dormía bien, no se alimentaba y había adelgazado demasiado. Él lo notó y la llevó de regreso a casa, su hijo estaba bien atendido pero su esposa...

—Quiero quedarme, tal vez me dejen entrar de nuevo.

—No, debes descansar, dormir... estás muy pálida, enfermarás, debes estar fuerte para cuando venga nuestro hijo preciosa, no lo olvides.

Dos semanas después los llamaron del hospital. El tembló al saber quién era y vio a su esposa que dormía profundamente. Suspiró y respiró hondo, no podía creerlo...

—Rosina despierta mi amor, despierta—le avisó.—El bebé, el bebé ya está bien, podemos traerlo a casa.

Ella despertó y gritó de alegría, no podía creerlo. Fue un día que nunca olvidarían, allí estaba el bebé, todavía le faltaba engordar pero tenía más carne y aunque pequeñito miraba todo con curiosidad. Iba a ser un perfecto consentido, su madre no se separaba ni un segundo de él y su padre lo miraba con orgullo. Era un luchador...

Pero debían tener algunos cuidados y precauciones, todavía estaba delicado.

—Míralo está bostezando...

Alessio sonrió y la abrazó. Eran una familia los tres, y el pequeñín no lloraba sino que pasaba el día entero durmiendo, era tranquilo y su madre era quien lo despertaba. La ropa le seguía quedando grande pero estaban contentos, después de haber vivido semanas de angustia era como estar en un paraíso.

Alessio quiso aprender a cambiarlo y también a alimentarlo, se sentía algo torpe pero aprendió y ambos se turnaban porque Rosina estaba exhausta. Ella nunca se quejaba pero él la notaba cansada. Bueno estaba allí, una pequeña vida, su hijo... Se sentía orgulloso de él, lo amaba... Aunque a veces sentía celos y habría deseado que creciera de prisa siguió sus progresos y ayudó a su esposa y aguardó con ansiedad el momento en que debían volver a tener intimidad. Ella era cariñosa pero vivía para el bebé, no parecía tener deseos de hacer el amor, él se moría por recuperar el tiempo perdido, nunca en su vida había estado sin sexo tanto tiempo...

Y cuando empezaba a responderle, cuando ella comenzaba al fin a desear ese momento se escuchó un llanto desde la cuna, un llanto furioso e inoportuno. No podía ser, parecía su peor pesadilla hecha realidad: el crío no quería que tocara a su madre, la quería solo para él.

Rosina lo miró, estaba angustiada, su niño lloraba y a pesar de la excitación lo

dejó y corrió a ver qué le pasaba. Tenía hambre y quería mimos, era tan pequeñín, no le agradaba despertar y no ver a su madre cerca.

Así fue al principio, su peor pesadilla se hacía realidad, pero no se rindió, aguardó paciente su turno. Amaba a su hijo, era su sangre pero cuando se ponía llorón y demandante... Pues sentía ganas de devolverlo al hospital. Pero luego pensaba, no puedo ser tan hijo de puta, estuvo a punto de morirse, nació antes de tiempo y su madre casi muere de angustia.

Rosina vivía para ese niño, y no dejaba de decir cuánto se parecía a su padre.
—¡Qué bueno! Nadie puede negar que sea tu hijo ¿eh? —le dijo su hermana bromista.
Él miró al bebé que vivía en brazos de su madre y lo miraba con cierta soberbia, “ves, es toda mía, tú me hiciste y ahora yo, te la robo” parecía decirle con sus grandes ojos azules. No, no se parecía a él, era rubio y sus ojos de un azul brillante, tal vez sí en las orejas, en la forma de la cabeza...

Soportó estoico un tiempo, recibiendo raciones de amor y sexo, con la esperanza de que todo cambiara.

Jamás creyó que dos años después nacería otro bebé, que su esposa quedara preñada de nuevo en un descuido y en vez de un niño llorón hubiera dos. Una preciosa niñita que al menos no lloraba y pasaba gran parte del día durmiendo.

Ahora Rosina no se opuso a que contrataran una buena niñera porque se sintió desbordada; el pequeño no dejaba de berrear celoso por la presencia de su hermana, con dos años volvió a pillarse encima y las palabras que había aprendido se las olvidó. Adelgazó y su vida de bebé era un caos, sufría como un descosido cada vez que veía a su madre con la bebé en brazos que era en verdad, una bebita preciosa y tranquila. Él sintió un cariño especial por la niña y disfrutaba viéndolo furioso pero luego sintió pena, era su hijo y se negaba a comer y siempre estaba enfermo. Mocos, dolores de panza y en la noche casi no dormía.

“Es normal, debe adaptarse” decía la doctora que lo atendía.

Él decidió tomar cartas en el asunto y se pidió una licencia especial para pasar más tiempo con su familia, porque ahora eran una familia y Rosina necesitaba ayuda y su pequeñín también. Sufría una crisis aguda de celos, se parecía a él, su madre se lo había dicho.

El pequeño Tobías agradeció su compañía y comenzó a calmarse, vivía pendiente de su madre y no quería nada a su hermana, pero al menos lograba distraerlo, alejarlo de los celos y también sentir que podía confiar en él, que tenía todo su amor. Porque amaba a sus hijos y los cuatro eran una familia.

Jamás habría creído que sería así, y por momentos se sentía desbordado.

Mientras daba un paseo en auto se detuvo en el parque y lo llevó al cine, a jugar con los autos y alguien se le acercó. Una joven rubia alta que debía tener unos treinta años.

Sheila, su antigua sumisa...

Iba muy maquillada y con jeans ajustados. La vida no había sido muy buena con ella, parecía mayor a pesar de estar delgada y con una figura sensual. Sus ojos muy maquillados lo miraron burlones al tiempo que veía al niño.

—¡Vaya! Tu primo no me mintió, que ahora no solo te volviste vainilla sino padre de familia... Pobre Alessio, realmente te compadezco amigo.

Él sostuvo su mirada molesto porque sabía que esa chica y su primo habían intentado arruinar su matrimonio hacía tiempo enviando esas horribles fotos.

—¿Tú escribiste esa carta, Sheila?

La miraba con rabia, con odio, ahora era el amo demonio, siempre lo sería para ella, como él no había encontrado y estaba furiosa porque la había botado, todavía lo estaba a decir verdad pero él no le hizo ningún caso antes y ahora...

—Yo te daba todo mi amo, seguro que extrañas eso... dudo que esa chicuela sea tan buena en la cama como tú necesitas pero fue astuta, se embarazó dos veces y ahora te tiene atrapado... O tal vez no, ¡quién sabe! Tal vez extrañes tu divertida vida de soltero. Él alzó a su hijo en brazos y la miró.

—Te equivocas, amo a mi esposa ¿sabes? Y nunca he sentido la necesidad de tener otra mujer. Y si vuelves a acercarte tú o tus amiguitas, si intentas perjudicarme como hiciste esa vez juro que lo lamentarás.

Esas palabras la ofendieron, pero lo disimuló.

—Ningún hombre es fiel mucho tiempo, no un hombre como tú, seguro tendrás en la oficina una chiquilla que se presta a tus juegos con discreción. Eres muy guapo para no tener tentaciones, y me han dicho que en el trabajo tienes varias que esperan una oportunidad.

—Vete al cuerno Sheila, ve a buscar a quien te dé unos buenos azotes, nunca fuiste buena en la cama ¿sabes? Ni tú ni Jazmín, me aburrí de todo ese mundo de perras y cornudos.

Estaba molesto, no por las estupideces que había dicho, sabía manejar las tentaciones de la oficina, además ninguna lo tentaba en realidad, amaba a Rosina y ella había vuelto a ser la gatita dulce y ardiente que lo esperaba con poca ropa para hacer el amor, aunque para ello debían irse al rincón más alejado de la casa. Lo que realmente lo había enfurecido era su primo y esa carta, porque su esposa había sufrido mucho ese día y no había sencillo convencerla.

Luego del nacimiento de su hijo, de los problemas al ser prematuro su primo se acercó y se disculpó. Él seguía metido en el mundo de bedesmeros, no le interesaba otra cosa y sentía desprecio por todos los “vainilla” y no podía entender que su primo se volviera así, sospechaba que o la chicuela era muy buena (cosa improbable porque no tenía experiencia ninguna) o él le había enseñado cosas... No creía que fuera solo amor, para él, el amor no era más que calentura.

Pero Alessio no tenía dudas, y luego de regresar a su casa con su hijo dormido luego de jugar un buen rato y llevarlo de compras, supo que era amor y que siempre la amaría...

Que no importaba las pruebas que tuvieran que pasar, que no todo sería perfecto pero que tenerla a ella a su lado había sido lo mejor que le había pasado en la vida. Ella y los niños...

Observó a su hijo dormido y sonrió, se había dormido abrazado al auto que le había comprado en la sillita, parecía un angelote rebelde con los bucles rubios cayéndole a un costado, se parecía a su madre pero tenía su temperamento celoso y egocéntrico, lo quería todo para él...

Al llegar Rosina tenía a la pequeña Sophie en brazos, dormida. ¡Qué maravilla! Los dos dormidos. Ella sonrió con picardía y él también...

—Deja a la bebé en la cuna preciosa, esto es un verdadero milagro y debemos aprovecharlo...

Rosina sonrió y lo abrazó.

—Te amo preciosa, siempre serás la única para mí, lo sabes ¿verdad?

Ella asintió y lloró emocionada porque sentía lo mismo y en ocasiones había temido que los niños, y la inevitable rutina contra la que siempre debían luchar los separara, además imaginaba que en su trabajo habría chicas que lo buscaban. Jóvenes y sexys, hermosas, voluptuosas...

El sexo que tenían era tan bueno, cada vez parecía mejor pero no era solo eso... Él se había enamorado y sentía un amor profundo por Rosina, nunca antes había sentido algo así, la adoraba y la amaba tal cual era. Tanto que le costaba compartirla pero... Amaba a sus hijos, y la familia que había formado, no estaba en sus planes tener dos niños pero... ella era tan amorosa, tan dulce con los pequeños y ellos se le parecían.

Su vida había cambiado, la vida de ambos, pero eran felices, se amaban y nada más importaba.

En el pasado había experimentado, había sido el amo demonio, ahora era simplemente un hombre enamorado.

